

A
L
Z
A



200

BIBLIOTECA UNIVERSAL

BIBLIOTECA UNIVERSAL

COLECCION

DE LOS

MEJORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS,
NACIONALES Y EXTRANJEROS.

TOMO CXXIX

POEMAS Y LEYENDAS

POR

D. JOSÉ M. GUTIERREZ DE ALBA

TOMO I

MADRID

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Barco, 9, dup., bajo.

1890



EL CURITA NUEVO

POEMA ASTRONÓMICO

Introducción

Quando la incomprensible Omnipotencia
de sér dotó á sus múltiples creaciones,
dió á cada cual su peculiar esencia,
la órbita le trazó de sus acciones.

Para cumplir su voluntad suprema,
la flor da aroma, la avecilla canta,
como atrae el imán, el fuego quema
y la piedra á los golpes se quebranta.

Rige á todo una ley inexorable
á que el hombre también se halla sujeto;
ley que á su voluntad no es alterable
ni puede á la de Dios imponer veto.

El ojo mira ó ve, crea la mente,
conoce el alma, juzga la conciencia,
mientras que el corazón, independiente,
odio ó amor impone con vehemencia.

La ley de la creación ha de cumplirse
por la atracción constante y poderosa,
de la cual ningún sér puede eximirse
sin la mutilación más espantosa;

Poner junto al avaro un gran tesoro,
un claro manantial junto al sediento,
y pretender que aquél respete el oro
y éste muera de sed y de tormento;

Poner la nieve al lado de una hoguera
y demandar á Dios gracia infinita
para que se conserve de manera
que á pesar del calor no se derrita;

hacer del celibato monstruoso,
que los santos afectos aniquila,
una virtud, juzgando más hermoso
al que espontáneamente se mutila,

fruto es de la barbarie ó la ignorancia,
y caber solo en el cerebro pudo
del que atribuye á Dios la extravagancia
de hallar más bello al sordo, al ciego, al mudo.

Decir al corazón: calla y no ames,
es decir á las aves: no modules;
decir al fuego abrasador: no inflames
y decir á la sangre: no circules.

Es decir á la flor: guarda tu aroma,
al árbol fecundado: no des fruto,

y al astro bello que en oriente asoma:
párate y rinde á mi poder tributo.

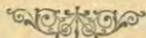
Eso quieren decir los que, fundados
en un código absurdo, hacen la guerra
de Dios á los preceptos más sagrados,
llamándose su imágen en la tierra.

¡Cuánto crimen, Señor, se ha cometido
por el bárbaro afán que siente el hombre
de imprimir á tu ley giro torcido,
hablando siempre de tu amor en nombre!

Intérpretes de Dios: no hagais ultraje
á su bondad con fútiles maniobras.
¡Qué lenguaje más claro que el lenguaje
con que nos hablan sus divinas obras!

La ley de Dios en el amor empieza
y sigue en el amor y en él acaba.
¿Quién la cumple mejor, Naturaleza:
el que tus santos fueros menoscaba?

La humanidad con el error se engríe,
y no saldrá de su infernal tortura,
mientras la ley humana contraríe,
la que Dios promulgó desde su altura.



CANTO PRIMERO

Nebulosa

I

Don Casto era un bellissimo sugeto
de acendrada virtud y de alma pia,
sacerdote muy digno de respeto,
poseedor de una pingüe canongía.
La linfa en su organismo dominante,
su blanca tez, su abdómen abultado,
sus claros ojos de color de cielo,
su cráneo ya de pelos despoblado,
su sonrisa benévola y constante,
su amable sencillez y su cultura,
hacían del canónigo un modelo
del hombre inaccesible á la amargura.

II

Gracias á la bondad de su organismo,
dominó por completo sus pasiones
y en todas ocasiones
fué sin trabajo dueño de sí mismo.
Desde que cantó misa,
porque nadie su honor pusiese en duda,
llevó consigo y conservó á su lado

una hermana viuda
con un hijo pequeño
y un matrimonio en años bien entrado,
gente buena y sumisa,
que á su modesto hogar daba decoro
y que tenía con formal empeño
hecha siempre la casa un ascua de oro.

III

Su mesa era frugal en demasía,
no por ser el canónigo tacaño,
sino porque á los pobres repartía,
por medio de sus viejos y su hermana,
con mano generosa
y con mucho secreto,
la mitad de la renta de cada año,
buscando entre la gente laboriosa
de la clase artesana
los que se hallaban en mayor aprieto.

IV

Era su vida de su casa al coro
y del coro á su casa; sus amigos,
pocos y buenos, de su bien testigos,
envidiaban su plácida existencia;
y aunque sus dichas envidiaban tanto,
tal respeto inspiraba su decoro,
que la más suspicaz maledicencia
no mancilló jamás su ilustre nombre,
de lo cual rara vez se libra un hombre,

aunque ostente los méritos de un santo
y tenga inmaculada su conciencia.

V

Al principio, eran muchas las devotas
de ilustre gerarquía
empeñadas en que él las dirigiera;
pero al ver que regalos no admitía
y que era inútil el quitarle motas,
lo tuvieron por genio estrafalario,
y fuéronse á buscar quien las pusiera,
con más cuidado y con mayor anhelo,
desde el confesonario,
en el camino de ganar el cielo.

VI

Todas las afecciones
del buen señor se hallaban concentradas
en su hermana Teresa y su sobrino,
su sobrino Teodoro,
que apenas si contaba trece años
y era ya de virtudes un tesoro
apreciado de propios y de extraños.
La regularidad de sus facciones,
sus cejas arqueadas,
sus negros ojos, su color trigüeño,
su cabello ondulado, espeso y fino,
su gallarda apostura
y su cuerpo flexible, alto y cenefío
hacían de él una hermosa criatura.

VII

Docil, inteligente y aplicado,
la inspiración siguiendo de su tío,
entró en el Seminario de buen grado
para ser sacerdote;
pero no entró de interno,
porque del buen don Casto la pericia
quiso evitar que el joven adquiriera
la amistad de algún sandio monigote,
y con ella ese fondo de malicia,
aborto del infierno,
que suele pervertir el albedrío,
que no consiente la virtud austera
y que se inicia en torpes dicharachos,
destruyendo en su albor sencillo y tierno
el candor infantil de los muchachos.

VIII

Empezando se hallaba su carrera
el buen seminarista,
cuando se vió el canónigo elevado,
sin que él lo pretendiera,
á la alta dignidad de un obispado.
La gente de la Iglesia, que es muy lista,
redobló hacia el sobrino
sus más tiernos cuidados y atenciones,
por ganarse el afecto del prelado;
y hallando aquel ingenio peregrino
capaz de remontar su raudo vuelo

á las cumbres más altas de la ciencia,
se empeñaron con noble y digno celo
todos los profesores á porfía
en cultivar aquella inteligencia
y hacerlo un gran doctor en teología.

IX

Era el joven Teodoro de tal suerte
aplicado al estudio y tan severo
y grave en sus costumbres y en su trato,
que no juega jamás, ni se divierte;
el libro es su constante compañero,
y su ambición más noble el celibato.
De Tomás, de Agustín y de Isidoro,
y demás Santos Padres y Doctores
de la Iglesia cristiana
los textos sabe repetir de coro;
sus pasajes mejores
los tiene en la memoria,
y ningún condiscípulo le gana
en Sagrada Escritura ni en Historia.

X

Desde que era muy niño,
tuvo siempre por fútiles y vanos
los autores profanos,
guardando su entusiasmo y su cariño
para la santa y mística doctora
Teresa de Jesús, á quien adora
casi con peligrosa idolatría;

el *Floz sanctorum* era su embeleso,
y hallaba mil encantos
en leer cada día,
del sabio obispo por mandato expreso,
la vida singular de algunos santos.

XI

Es entre todas la que más le halaga
la del joven de Cosca, su modelo;
devoto ardiente de San Luis Gonzaga,
espera por su amor ganar el cielo.
En oración mental pasa las horas,
retosando en su pecho la ternura,
pidiendo por las almas pecadoras
ante la Imagen de la Virgen pura.
Como sendero que á la gloria guía,
le atrae de Jesús la Compañía
ó ir á tierra de infieles,
de fortaleza y de piedad provisto,
á dar entre las penas más crueles
su propia sangre por la fe de Cristo.

XII

Pero D. Casto, cuyo amor sincero
al hijo de su hermana
alejarse de sí no permitía,
se opuso á que se hiciera misionero;
y aunque en todos los tonos aplaudía
(como hace mucha gente de setana,
quizás por un exceso de prudencia),

la milicia de Ignacio de Loyola,
no quiso que en sus filas se alistase,
porque su pobre hermana, si él moría,
á la merced de Dios no se quedase
en la vejez desamparada y sola.

XIII

Teodoro prosiguió en su vida austera,
recibiendo las Ordenes mayores,
y muy querido y respetado era
un de los más adustos profesores,
cuando con la licencia de su tío,
por muchos á la vez solicitada,
demostró de su ciencia el poderío
ocupando la cátedra sagrada,
donde en tiempo muy breve hizo notorias
sus grandes facultades oratorias.

XIV

Los hombres de talento lo aplaudían;
los tontos, por costumbre, lo alababan;
las viejas á su madre bendecían;
las jóvenes, al verlo, se extasiaban.
Cuando llegó el momento
de recibir las Ordenes postreras
y la alta investidura
de ministro de Dios, al buen obispo
le rebosaba el alma de contento;
el placer de la madre era locura;
las señoras llevábanle banderas

para adornar en la primera misa
el templo; entre regalos y primores,
unas llevaban velas, otras flores;
y una señora rica y generosa
le regaló preciosos ornamentos
y un buen caliz de oro,
todo marcado en bellos lineamientos
con la inicial del nombre de Teodoro.

XV

El obispo, en honor de su sobrino,
por la primera vez hizo un derroche,
como el gobernador, que fué el padrino.
Predicó un orador de nombradía;
hubo para el convite cien cubiertos,
mil banderas al aire por el día,
música y luminarias por la noche,
y limosna á los vivos y á los muertos..
mientras que de Teresa el alma pura
rebosaba de amor y de ventura.

XVI

Poco después de aquella ceremonia,
en la misma ciudad vacó un curato,
cuya renta era igual, si no excedía,
á la de una envidiable canongía.
Siendo el obispo recto y timorato,
el asunto trató con parsimonia,
y al clero convocó para proveerlo
en quien por su virtud, por su prudencia,

por su capacidad y por su ciencia,
demostrase entre todos merecerlo.

XVII

El recién ordenado
entró en la oposición, mas no llevado
del deseo de un lucro vergonzoso,
pues la torpe ambición no conocía;
sino por consagrarse con desvelo,
renunciando al sosiego y al reposo,
á su buena y leal feligresía
y á ganar muchas almas para el cielo.

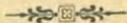
XVIII

El tribunal, apenas retinido,
recibió un memorial, en que firmaban
todos los al curato opositores,
y en el cuál al obispo suplicaban
fuese el padre Teodoro el preferido;
pues de ellos el mejor de los mejores
no juzgaba tener merecimiento
para emular al que en fervor y en ciencia
compensaba la edad é inexperiencia
con su mucha virtud y gran talento.

XIX

Así, aunque no llegaba á veinticinco,
cual buen cura encargado de las almas,
á ellas se consagró con noble ahinco.

Al entrar, recibieronlo con palmas,
y hubo música y fiesta y voladores.
Entre el pueblo, de gozo alborotado,
fueron muchos doctores
á darle posesión con el prelado;
y al verle tan mancebo
y que un angel hermoso parecía,
todos con alegría
diéronle el nombre de EL CURITA NUEVO.



CANTO II

Atracción

I

Al tomar posesión de su rebaño,
quiso el joven pastor dar una prueba
de ser el interés que lo animaba,
á todo medro personal, extraño.
La renta que el curato le dejaba,
completa la invertía
en dotar á su templo cada día
con una alhaja nueva,
dando al pueblo ilustrado y al inculto
idea relevante

de que es sobremanera edificante
y á Dios muy grato el esplendor del culto.

II

En poco tiempo se extendió la fama
por toda la ciudad de aquel portento;
y como el lujo la atención nos llama,
acudían allí que era un contento.
Pronto entre las mujeres se hizo moda
asistir á una iglesia tan bonita;
las muchachas más bellas
iban á misa allí, y ellos tras de ellas;
y no pudiendo entrar la gente toda,
lamentaban los últimos su cuita,
renegando á la par de su tardanza;
y entre el gentío inmenso
querían penetrar, con la esperanza
de oler siquiera el humo del incienso.

III

A la misa mayor de los domingos,
en que el padre Teodoro
cantaba como un ángel de los cielos,
y con voz persuasiva y elocuente
los Santos Evangelios explicaba,
iban dando respingos
y muy acicaladas las jamonas
por escuchar aquel piquito de oro
que era el pasmo y asombro de la gente.
Solían unas de otras tener celos,

y cada cuál trataba
de ocupar un lugar, donde pudiera
alcanzar la ventura
de rozarse siquiera
con la capa pluvial del señor cura.

IV

Pronto cundió entre todas la noticia
de ser el padre de los más discretos
en el confesonario;
que preguntaba siempre sin malicia,
y el más dulce consuelo derramaba
sobre los corazones afligidos;
que jamás se empeñaba
en descubrir secretos
de esos que á las doncellas ruborizan,
entrando en minuciosos pormenores,
que abren los ojos y que el fuego atizan;
y en las culpas mayores,
cuando eran los pecados repetidos,
no pasaba jamás la penitencia
de tres ó cuatro partes de rosario
ó salves á la Madre de clemencia.

V

Cuando estas cualidades se aplaudían
por las gentes hoeradas
que de santos de carne no se fían,
las beatas que viven en el templo
más que en su hogar, de buenas dando ejemplo

entre la hipocresía y la lisonja,
y por algunos clérigos mimadas,
andaban con escrúpulos de monja,
diciendo: que si el nuevo sacerdote,
por falta de experiencia,
ó por echarla acaso de Quijote,
no clavaba hasta el fondo el escarpelo
en toda enfermedad de la conciencia,
sin temor ni piedad rasgando el velo,
para extirpar el cáncer por lo sano,
no obraba como un hábil cirujano.

VI

La capilla en que el joven se sentaba,
después de decir misa,
á administrar el Santo Sacramento
que el crimen borra y que las culpas lava,
se solía llenar en un momento
de pecadoras bellas,
casadas y viudas y doncellas,
que aguardaban allí, con faz sumisa,
á que el turno anhelado les llegase
ó á que el padre Teodoro las llamase.

VII

Entre aquellas preciosas penitentes,
solía con frecuencia
ir una joven de color moreno,
de ojos incandescentes,
de gallarda presencia,

esbelto talle y abultado seno,
de delgada cintura,
boca pequeña y blanca dentadura,
cuya atmósfera suave y perfumada,
voz de timbre sonoro,
embriagador aliento
y palabra discreta y delicada,
formaban el encanto de Teodoro.

VIII

Desde la vez primera
que del virtuoso y cándido levita
se hincó á los pies la joven hechicera,
pésarosa y contrita,
empezó él á sentir desasosiego,
extrañas y agradables sensaciones,
que eran sin duda alguna
el principio de malas tentaciones;
pero tuvo, á Dios gracias, la fortuna
de serenarse luego,
invocando al divino San Antonio,
á quien tanto sufrir hizo el demonio.

IX

Cuando llegó á su casa,
llevaba el corazón hecho una brasa,
iba temblando y su cabeza ardía;
se sentó en un sillón muy fatigado,
arrojando el manto y la sotana.
Su madre, que acudió con gran cuidado,

se le acercó cual siempre cariñosa,
 llamándole á almorzar, y él ¡para cosa!
 —Madre, le contestó, no tengo gana.

X

Con maternal anhelo
 y un sobresalto ya casi invencible,
 le replicó Teresa,
 besándolo en la frente
 y separando con cariño el pelo:
 —Mira que tienes ya puesta la mesa.
 ¿Estás malo, hijo mío?
 —No, señora: aunquc cabe en lo posible;
 no se preocupe V. por lo presente,
 (el cura respondió, más sosegado).
 Será... un poco de frío,
 que al salir de la iglesia habré tomado.

XI

Pasó aquello cual ráfaga ligera,
 gracias al ejercicio
 de la santa oración y á un buen cilicio,
 remedio de eficacia verdadera.
 Fortalecida el alma, y ya seguro
 de haber triunfado de la carne flaca
 en el primer apuro,
 que aunque mala y rebelde, al fin se aplaca,
 se resolvió á afrontar, fuera cual fuera,
 el peligro inminente, aunque sentía
 de aquella voz el dulce martilleo,

aquel aliento tibio y regalado,
 y las revelaciones del deseo
 por el deber de esposa sofocado,
 que en su interior vibrantes resonaban
 y del veneno aquél lo contagiaban.

XII

Solo estuvo dos días
 sin ir, cual de costumbre, al templo santo,
 y entre las más sensibles y más pías,
 alguna ya lo recibió con llanto.
 Al entrar en la iglesia, lo primero
 que hizo el padre Teodoro,
 casi de una manera inconsciente,
 fué tender con ahinco una mirada,
 que del altar mayor llegó hasta el coro,
 en busca de la humilde penitente
 tan bella y desdichada,
 que, á pesar del infierno y de la gloria,
 no podía apartar de su memoria.

XIII

Y la encontró: bajo el tupido velo
 con que su hermosa faz velaba el manto,
 vió aquellos ojos, fijos en el suelo,
 luego en los suyos, húmedos de llanto.
 Formaban en su rostro tal contraste
 el llanto y la sourisa
 de la bella Luisa,
 (pues ya es forzoso descubrir su nombre),

que pronto dió con la entereza al traste
del pobre cura, que, aunque fuera un santo,
se acordaba también de que era un hombre.

XIV

Celebró el incruento sacrificio
un poco á la ligera,
notando con asombro el ayudante
en el fiel desempeño de su oficio,
que la mano del cura temblorosa
no acertaba á tomar la vinajera,
y que siempre que al pueblo se volvía,
la vista á un sólo punto dirigía.
Después, con paso incierto y vacillante
y actitud indecisa y temerosa,
se sentó en donde siempre lo esperaban,
en el confesionario,
y allí fué despachando una por una,
sin hacer á sus culpas comentario,
á las que más ligeras se acercaban
al rico manantial de penitencia
que lava y purifica la conciencia.

XV

La última en acercarse fué Luisa,
y aproximando á la rejilla el labio,
con voz lenta, cortada é indecisa
empezó á relatar de tal manera
su angustia y sus dolores,
que tembló el sacerdote bueno y sabio,

y el eco de inflexiones muy extrañas
penetró en su interior, como si fuera
un puñal de dos filos cortadores
slavado sin piedad en sus entrañas.

XVI

—Padre: le dijo al fin, yo necesito
Descargar este peso que me abruma.
Yo no sé si es flaqueza ó si es delito
ni si habré de dejar que me consuma
esta pena cruel que me devora.
De su padre á los pies, llorosa y triste,
una infeliz mujer piedad implora,
perdida ya la calma
y la fé y la esperanza en cuanto existe.
Yo necesito confesar de modo
que usted penetre el fondo de mi alma
y entrando en ella lo conozca todo.

XVII

—Para eso, contestó falto de aliento,
al ver el gran peligro que le amaga,
el tímido pastor, fuerza es que haga
confesión general. — Pues eso intento.
— Y para ello, tal vez, querida hija,
será bueno que elija
un sacerdote anciano y de experiencia,
que con mayor acierto y más cordura
le pueda aconsejar en su amargura
el rumbo que ha de dar á su conciencia.

XVIII

..... Solo tengo en usted mi confianza,
 replicó la afligida pecadora;
 usted sólo en el mundo es mi esperanza.....
 ¡Por Dios no me abandone usted ahora!

.....
 ¿Qué pastor tan cruel pudiera hallarse,
 que aun con peligro de su propia vida,
 viendo á una pobre oveja despeñarse
 ó de voraces lobos perseguida,
 la dejara á su suerte abandonada,
 pudiendo á costa de cualquier trabajo,
 echar por el atajo
 y volverla ya libre á la majada?

XIX

Eso precisamente pensó el cura;
 y, de Dios confiado en la clemencia,
 endulzar se propuso la amargura
 de aquella alma sencilla y candorosa
 que el alivio á sus males
 buscaba de la gracia en los raudales
 que hace brotar de sí la penitencia.
 Pero el pobre pastor no sospechaba
 que se abría á sus pies profundo abismo,
 y que el hambriento lobo amenazaba
 al pastor y á la oveja á un tiempo mismo.

XX

Como era cerca ya del medio día,
 convinieron los dos en que al siguiente
 el cura muy temprano aguardaría
 en la iglesia á la jóven penitente,
 y que ella, haciendo exámen
 de su conciencia con prolijo esmero,
 redactara una especie de memoria
 ó compendio ligero
 de lo más importante de su historia,
 para que el confesor, cual juez severo,
 y estudiándola á solas con cuidado,
 diera con más acierto su dictámen
 en asunto tan serio y delicado.

XXI

El punto principal ya convenido,
 el cura levantóse de su asiento,
 y ella se separó de la rejilla,
 cuando ya el sacristan de un lado á otro
 con las llaves andaba haciendo ruido,
 y asomaba la cara de mastuerzo
 de una en otra capilla,
 anunciando á los fieles remolones
 que era muy tarde ya para el almuerzo.
 Luisa, á quien sus profundas emociones
 tenían la cabeza trastornada,
 pidió al cura la mano,
 y á ella el labio aplicó con tanto ahinco,

que del levita el corazón dió un brinco,
y estuvo á desmayarse muy cercano.



CANTO III

Órbita desconocida

I

Al llegar á su hogar, iba Teodoro
de tal manera trémulo y convulso,
que un buen médico amigo, que allí estaba,
y que por cortesía
en salud al obispo visitaba,
al cura examinó; le tomó el pulso,
y al fin manifestó á su señoría
con tecnicismo propio de la ciencia,
cual lección aprendida por un loro,
que son la causa de profundos males
los trabajos mentales,
según lo corrobora la experiencia,
y que era para el joven peligroso
ser en su ministerio tan celoso.

II

Cuando se fué el Galeno,

y el cura quedó á solas con su tío,
exclamó de emoción profunda lleno: [lado,
—Señor, como á un buen padre y buen pre-
á quien después de Dios mi alma confío,
voy á mostrarle mi angustioso estado.
Y cayendo á sus plantas de rodillas,
con palabras sencillas
refirió que una pobre pecadora,
tal vez angel caído de los cielos,
tal vez arrepentida Magdalena,
su auxilio espiritual necesitaba;
que ante aquella mujer de encantos llena
eran harto profundos sus recelos
y su alma entre temores vacilaba.

III

El obispo, que en varias ocasiones
había por sí mismo comprobado
que es muy fácil vencer las tentaciones,
á luchar lo exhortó con entereza
en la bondad divina confiado.

—¡No debe abandonar la fortaleza,
dijo, el soldado de la fe de Cristo!
Huir como un cobarde
aquel cuya sagrada investidura
le obliga á hacer de su valor alarde,
es cubrirse de oprobio y de vergüenza.
¡El alma que es de Dios sublime hechura
es necesario que á la carne venza!

IV

—¡A luchar! exclamó con energía,
alzándose de pronto el penitente.
Deber y abnegación serán mi guía;
Dios en la lucha inspirará mi mente.
—¡Vea! contestó el obispo conmovido,
al ver de su sobrino la entereza;
ven, pidamos al cielo que confunda
la astucia de Luzbel, y que abatido
por la santa virtud de la pureza,
vaya á ocultar con su rencor eterno
sú oprobio entre las llamas del infierno.

V

Esto dicho, los dos se encaminaron
del extenso edificio á la capilla,
donde llenos de fe se arrodillaron
ante el altar en que la Virgen pura
con vivo resplandor cual astro brilla.
Ambos á des, su protección pidiendo
en plegaria sentida y fervorosa,
la victoria juzgaron ya segura;
y en santo amor su corazón ardiendo,
puestos bajo su egida poderosa,
vieron en su conciencia asegurado
el triunfo de la cruz sobre el pecado.

VI

Llegada la mañana,
entró el cura en la iglesia, decidido
á evitar su derrota
y á emplear el esfuerzo necesario,
con rostro grave y ademán muy serio,
contra el diablo encarnado en la devota
y confiado en la flaqueza humana.
Segun lo convenido,
sin vacilar corrió al confesonario,
para ejercer su santo ministerio,
donde encontró á Luisa que rezaba
y con santa impaciencia lo aguardaba.

VII

Terminado el exordio de costumbre,
y antes de que llegara á interrumpirlos
y en profunda inquietud á sumergirlos
de hijas de confesión la muchedumbre,
ella alargó con mano temblorosa
un pliego perfumado
que Teodoró guardó con gran cuidado,
y con voz angustiosa
le dijo:—Padre mío, ahí le entrego
el fruto de mi exámen de conciencia;
todo va contenido en ese pliego.
Ya que es de Dios tan grande la clemencia,
de usted espero que el perdon me alcance
y la gracia divina me afiance.

VIII

Era tal el acento
de la humilde y contrita pecadora;
tan profundo el dolor con que lloraba,
y con tal abundancia de sus ojos
una tras de otra lágrima brotaba,
que el cura eternecido
y entregado ya inerte al sentimiento
de una piedad traidora,
tuvo que hacer esfuerzos y no flojos,
para no acompañarla en su quebranto,
mezclando al de ella su copioso llanto.

IX

Logró al fin consolarla como pudo,
ofreciendo aliviarla en sus pesares,
y con sus oraciones singulares
darle en sus penas protector escudo.
Después, como si espinas le clavaran
y por todo su cuerpo le punzaran:
—Suspendamos, le dijo, la tarea,
hasta que yo, con la atención prolija
que le debo prestar, su escrito lea.
Encomiéndese en tanto, amada hija,
á la Madre amorosa
que desde el alto cielo
á los tristes envía cariñosa
raudales de esperanza y de consuelo.

X

Y como ya las gentes acudían
al vibrante clamor de la campana,
y la iglesia en gran número invadían,
por ser ya bien entrada la mañana,
el cura fué corriendo á revestirse,
teniendo gran cuidado
de no darle la mano al despedirse,
para evitar que en otro beso ardiente
se infiltrase aquel fuego condenado,
que hirió su pecho y perturbó su mente.

XI

Después de decir misa,
se retiró Teodoro muy deprimida,
pretextando tener ocupaciones
perentorias y graves;
y ni rezó el rosario,
ni pareció observar que de ambas naves
acudían muchísimas mujeres,
corriendo y disputándose el terreno,
hacia el confesonario,
á tratar de vaciar en saco ajeno
los culpas que en el propio ya estorbaban
y lugar á otras nuevas no dejaban.

XII

La gran curiosidad, por una parte,

y por otra el demonio
 que atizaba la hoguera con tal arte
 que daba de su astucia testimonio,
 hicieron que al momento
 que llegó el sacerdote á su aposento,
 se pusiese á pensar, si convendría
 leer del sabio obispo en compañía
 el papel que las manos le quemaba;
 y al fin se convenció de que él no estaba
 por Dios autorizado
 á hacer revelaciones del pecado
 que humilde el penitente confesaba.

XIII

Confiado en que Dios iba en su auxilio,
 cerró la puerta y la cerró con llave,
 diciendo para sí: — Vamos ¡quién sabe
 si será una tragedia ó un idilio!
 El papel impregnado del aroma
 que entre todos el de ella distinguía,
 su cerebro inseguro
 excitó con indómita energía,
 hasta que al fin el socavado muro
 cayó como lo fragil se desploma.
 Abrió el papel, y con mirada ardiente
 leyó muy conmovido lo siguiente:

Confesión de Luisa

Nací de padres ricos, poderosos;
 mas la suerte cruel

los redujo más tarde á la indigencia
 dándoles por dulzura amarga hiel.

Entre mimo y regalos educada,
 la pobreza me hirió
 en mis más lisonjeras ilusiones,
 però mi noble orgullo no abatió.

Cuando contaba apenas quince años,
 en un día fatal,
 llegó á verme un amigo de mi padre,
 título de Castilla y general.

Pidió mi mano sin contar conmigo;
 mi padre la otorgó,
 y del contrato aquel de compra y venta
 el precio y áun la víctima fui yo.

Entregaron en brazos de aquel hombre
 mi candor infantil,
 y su contacto me causaba frío
 cual si fuera el contacto de un reptil.

Yo juzgué que sus raptos de lascivia
 lo eran de su pasión,
 ó eran ritos tal vez del matrimonio,
 por más que me inspiraran aversión.

Mas cuando mis amigas me iniciaron
 en el bien y en el mal,
 tuve horror, tuve asco, tuve miedo
 de aquel hombre tan cínico y brutal.

Aquel sér, degradado por el vicio,
 era un viejo ruín,
 que embriagado pasó la vida entera
 en orgías y en crápulas sin fin.

Lámole viejo y no le llamo anciano,
 porque comprendo yo,

que es el anciano el digno de respeto,
mientras que el viejo miserable, no.

A ese hombre que me han dado por esposo
no le puedo otorgar
ni respeto ni amor; á un miserable
solo otro miserable puede honrar.

Vivir encadenada á un sér que inspira
tan solo repulsión,
es un gran sacrificio á que no alcanzan
las fuerzas del humano corazón.

Yo soñaba en la dicha perdurable
que hace de dos un sér,
uniendo por un vínculo sagrado
dos almas: la del hombre y la mujer.

Como dos mariposas que se besan
con delirante amor,
eligiendo por tálamo y por tumba
el perfumado caliz de una flor;
cual dos ríos que, en uno confundidos,
la llanura al cruzar,
con sus átomos todos en contacto
van á perderse en el inmenso mar;

ó como dos tiernísimos suspiros
de dolor ó placer,
en solo un tono dulce y melodioso
van el eco dormido á conmover,
así soñaba yo que el alma mía,
otra alma al encontrar,
con ella confundirse lograría
en la flor, en el eco ó en el mar.

¡Vana esperanza! En alas del deseo
mi espíritu voló

á sublimes regiones; luego al fango
el destino implacable lo arrojó.

Solo conozco un hombre que pudiera
mi eterna dicha hacer;
y no puedo mirarlo como á un hombre
ni él á mí cual se mira á una mujer.

¡Ayl! Si es verdad que Dios ha levantado
un muro entre los dos,
¿por qué lo conocí? ¿Por qué lo adoro?
¿Qué gaño, con amarlo, hice yo á Dios?

¡Perdón! Entre mis dudas y temores
tiemblo por mí y por él. [arrastra,

Si el diablo es quien me inspira y quien me
¿qué daño, con amarlo, hice á Luzbel?

No es ni el diablo ni Dios. Es... Yo lo
hablar dentro de mí; [siento
pero no acierto á descifrar su nombre
ni por qué á sus mandatos me rendí.

Sólo sé que me dice: ama; y mi pecho
se abre al punto al amor;
y que, cuando me dice que aborrezca,
germinar siento el odio en mi interior.

No es mi carne; es mi espíritu el que ama,
y mi amado es también
espíritu en que brilla la pureza
del que ya mora en el divino Edén.

¡El que tiene en sus manos mi consuelo
tiene mi salvación,
ó la sentencia horrible y despiadada
de mi eterna y fatal condenación!

CANTO IV

Eclipse parcial

I

De aquel pliego acabada la lectura,
 el sacerdote mísero temblaba,
 y un gran placer con dejos de amargura
 por todo su organismo circulaba.
 ¡Su sangre no era sangre: era un torrente
 de lava abrasadora
 que voraz sus entrañas consumía,
 y á la vez en su pecho y en su frente,
 como volcán de fuerza destructora,
 estallar por momentos parecía.

II

Presas de una emoción inexplicable,
 su razón y su fé vagando inciertas
 cual vil despojo de la nave rota
 que juguete del piélago insondable
 á veces se sumerge, á veces flota;
 las pasiones despiertas
 por aquel huracán impetuoso
 que hácia ignotas regiones lo empujaba,
 fluctuando indeciso y temeroso

y á la vez arrastrado del deseo
 que con feroz violencia lo excitaba;
 viendo abierto á sus pies el hondo abismo,
 con fundados temores de sí mismo
 y presa del dolor de Prometeo,
 hizo al fin un esfuerzo de gigante;
 y arrojando el papel que le abrasaba,
 anublados los ojos,
 el pecho jadeante
 y los brazos en cruz, cayó de hinojos
 ante la santa imágen de María,
 implorando el valor que le faltaba,
 y—¡ampárame, exclamando, Madre mía!

III

En la batalla ruda
 que dos fieros atletas desiguales
 en su interior trababan con empeño,
 y aunque con lengua muda,
 por ser del alma el absoluto dueño
 empleaban esfuerzos colosales;
 entre esas dos tendencias que en el hombre
 denuncian la grandeza y la miseria,
 y que por darles nombre,
 suelen llamar espíritu y materia,
 Teodoro, ya aturdido,
 y mientras resonaban en su oído
 de aquel combate los profundos ecos,
 buscó alivio á sus penas con el llanto,
 pero aunque era muy grande su quebranto,
 oró á la Virgen con los ojos secos.

IV

Y sin embargo, fué tan provechosa
la oraeión para aquella alma afigida,
que escuchó una voz dulce y misteriosa
que hablando á su interior dijo:—No temas;
la fe de esa mujer no está perdida;
ni merece de Dios los anatemas.
Su amor no es un amor torpe y liviano:
cuando de su virtud están seguras,
bien se pueden amar dos almas puras
sin tocar en lo vil ni en lo profano.

V

Con aquellas palabras bienhechoñas
vió el cura el cielo abierto,
y sintió como brisas salvadoras
capaces de llevar la nave al puerto.
Después, cual si estuviese ya en seguro,
exclamó con entera confianza:
no sé por qué me apuro,
ni por qué en este lance, que no es nuevo,
á abandonarme á mi temor me atrevo
y á perder por completo la esperanza.

VI

Entonces, para huir las ocasiones
que el demonio tal vez explotaría,
determinó poner cuatro renglones

en que, cual padre cariñoso y tierno,
con graves y profundas reflexiones
aquel alma exaltada apartaría
del horrible camino del infierno.
Porque el pastor que á su cuidado tiene
las pobres ovejillas de un rebaño,
no debe, aunque por ellas sufra y pene,
permitir que entre el lobo á hacerles daño.

VII

Era un término medio,
y así evitaba el peligroso asedio
de su palabra dulce y elocuente,
de su mirada ardiente,
y lo que era aún mas grave, su contacto.
De ese modo, pensó, cuando ya en ella
haya borrado el tiempo hasta la huella
de toda sensación pecaminosa,
yo la dirigiré con mucho tacto
por la senda del alma virtuosa.
Y tomando papel tintero y pluma,
asi descarga el peso que le abruma:

Carta de Teodoro á Luisa

Como amigo leal, justo y sincero,
le escribo, hija del alma,
probándole lo mucho que la quiero;
y cual buen padre en quien usted confía,
por su dicha le ruego y por la mía
que no se desespere y tenga calma.

Al que Dios dá en el mundo
 más pesada la cruz, le dá una prueba
 de un amor más intenso y más profundo;
 y el que con más valor la sobrelleva,
 por premio de su celo
 lugar más eminente halla en el cielo.

Sufra usted á su esposo con paciencia,
 y encerrada en los límites que impone
 á los séres humanos la decencia,
 hágale comprender que no se opone
 á todo aquello á que el deber la obliga;
 pero como mujer digna y cristiana
 no se debe prestar de buena gana
 á actos que el mismo cielo no bendiga.

Esos brillantes y encantados sueños,
 que acarició su mente,
 tan poéticos, tan dulces, tan risueños,
 son, hija muy amada,
 como las ilusiones de un demente.

En esta vida triste y desgraciada
 no hay más que sufrimientos y amarguras.
 ¡El deber ante todo!

yo lo cumplo también; y á Dios le pido
 que me tienda piadoso su mirada;
 pues cuando con el mal mis fuerzas mudo,
 mentón informe de miseria y lodo,
 temo como el más fragil sér humano
 caer si El no me tiene de su mano.

Las almas, hija mia, que en la tierra
 se encuentran tarde y para amar nacieron,
 han de luchar en la espantosa guerra
 que el mundo les depara;

y las aspiraciones que murieron
 del deber inmoladas sobre el ara,
 son más tarde la espléndida corona
 con que Dios á los justos galardona.

Yo estoy también enfermo;
 hace ya algunas noches que no duermo
 en sus penas horribles meditando.
 Implore de la Madre de pureza
 con fe profunda, como yo le imploro,
 que nos dé abnegación y fortaleza
 para triunfar del mundo y sus rigores;
 pues si el triunfo alcanzamos en la vida,
 como las mariposas en las flores,
 los ríos en el mar y las dos notas
 en un eco dulcísimo y sonoro,
 así, despues de las cadenas rotas,
 entzarán en el cielo confundidas
 las almas de Luisa y de Teodoro.



CANTO V



Conjunción y cataclismo

I

Cuando la carta recibió del cura,
 de tal modo engolfó en su lectura
 la esposa desdichada,

que leerla y releerla era su gloria,
 hasta que al fin quedó esterocipada,
 sin faltar una letra, en su memoria.

II

Al correr abultada la noticia
 de que el joven pastor estaba malo,
 fué su casa un continuo jubileo,
 y hubo quien culpó al cielo de injusticia.
 Desde la oveja humilde á la gran dama,
 todas, para mostrar su buen deseo,
 llevaban al enfermo algún regalo,
 ó reliquias que, puestas en la cama,
 su virtud bien probada ejercerían,
 y á Dios obligarían
 á darle la salud, aunque estuviera
 ya próxima á llegar su hora postrera.

III

El obispo y Teresa inconsolables,
 como siempre el temor el riesgo abulta,
 llamaron á tres médicos notables
 á fin de celebrar una consulta,
 sin perjuicio de pedir al cielo
 con las ansias más vivas
 y haciendo fervorosas rogativas,
 que á él le diese salud y á ellos consuelo.

IV

En una detenida conferencia

los tres sabios Galenos,
 fundándose en distintas teorías,
 probaron ser los tres pozos de ciencia;
 y de acuerdo opinaron,
 (cosa que no se vé todos los días)
 en las causas que el mal determinaron;
 en que no era hasta entonces por fortuna
 de carácter muy grave la dolencia,
 y en la medicación más oportuna
 por los síntomas todos indicada;
 que era abstenerse, hasta ahuyentar los males,
 de sus graves tareas parroquiales.

V

La desdichada Luisa,
 aunque todos los días se informaba
 diez veces por lo menos
 del estado en que el cura se encontraba,
 iba por las mañanas á oír misa,
 con los ojos de lágrimas bien llenos,
 y en cruz ante una imagen Dolorosa,
 le imploraba temblando y angustiosa,
 poniendo en la oración el alma entera,
 para que pronto la salud le diera.

VI

Encontrábase el cura
 ya de su enfermedad convaleciente,
 pero aún sin ejercer su ministerio,
 cuando fué el sacristán con gran premura

y con cierto misterio,
de parte de una dama penitente,
y entregarle una carta bien lacrada,
sin decirle quién era la señora,
cosa que él mismo ignora,
porque iba con el manto muy tapada.

VII

Al tomar el papel, tembló Teodoro
y lanzó á su pesar hondo suspiro.
Era de su hija amada; por decirlo,
no venía á buscarlo en su retiro.
El pobre á resolverse no acertaba
á abrir la carta ni arrojarla al fuego,
¡Su amor era tan puro,
y en Dios de tal manera confiaba...!
que como si saliera de un letargo,
entró en dulce y pueril desasosiego,
y ahuyentando á Luzbel con un conjure,
y al sacristán haciéndole un encargo,
se encerró en su aposento presuroso
para leer el billete delicioso,
que mojado aún del llanto que vertiera,
hablaba al confesor de esta manera:

Carta de Luisa á Teodoro

Padre del alma mía muy amado:
no lo acierto á explicar, mas tengo miedo,
porque está usted enfermo y yo no puedo
consagrarle mi afecto y mi cuidado.

Cuando voy á la iglesia siento frío;
más grave entonces el terror me asalta,
porque, faltando usted, todo allí falta
y se halla el templo lóbrego y vacío.

Mi hogar no es ya tu hogar; es un infierno,
donde se hacen mis horas perdurables,
rodeada de seres despreciables,
condenada á sufrir martirio eterno.

No puede descender el alma mía
hasta el bajo nivel del hombre osado
que dentro de mi pecho ha asesinado
mi pobre corazón á sangre fría.

Son tan graves, tan hondos mis agravios,
y lo odio y lo desprecio de tal suerte,
que es preferible para mí la muerte
á una inmunda caricia de sus labios.

No es mi alma, no, la que á él está ligada,
es mi cuerpo infeliz lo que le dieron;
si mi carne y mi sangre le vendieron,
libre es mi voluntad y esa es sagrada.

Mi alma tiene elegido ya su esposo;
y si no en esta vida miserable,
se unirán donde todo es inmutable,
donde todo es ya paz, dicha y reposo.

¡Qué delicia es morir, cuando muricado
se rompen las cadenas que nos ligan
á este mundo ruín y nos obligan
á vivir sollozando y padeciendo!

Póngase bueno pronto, ó Dios permita
que con usted comparta la dolencia;
hay días en que, falta de paciencia,
todo me es antipático y me irrita,

El papel va mojado con el llanto
 que mis ojos tristísimos derraman.
 ¡Cuánto suelen llorar los que bien aman!
 ¡Cuánto sufren también los que aman tanto!
 Mi pobre corazón es quien le escribe;
 solo un renglón en recompensa quiere.
 ¡Ay! Quisiera morir, si es que usted muere;
 pero quiero vivir, si es que usted vive.

VIII

Iba el cura de nuevo á arrodillarse
 para pedir al cielo fortaleza,
 cuando sintió en el pecho
 como un golpe interior intenso y rudo,
 cuyo eco fué á perderse en su cabeza.
 Quiso el pobre luchar para salvarse
 y orar lleno de fe, pero no pudo;
 y echándose de bruces en el lecho,
 exclamó con acento dolorido:
 ¡Yo adoro á esa mujer!... ¡Esto es ya un hecho!
 ¡La adoro á mi pesar!... ¡Estoy perdido!

IX

Después, ya más sereno,
 y su propia conciencia examinando,
 vió que en aquel amor nada existía
 del carnal y mortífero veneno
 que atropella y quebranta los deberes;
 vió que, las ocasiones evitando,
 sin perder la pureza, amar podría

á aquella desdichada pecadora,
 mucho más infeliz que otras mujeres,
 como hay más de un ejemplo
 de santos y de santas que en el templo
 reciben culto y el cristiano implora,
 que al amor consagraron su existencia
 al par que á la oración y penitencia.

X

Contestar á la carta era preciso
 porque así la infeliz se lo rogaba;
 pero en la forma hallábase indeciso.
 Temió, si con dureza la trataba,
 que pudiese dejar el buen sendero;
 y entregada al despecho impetuoso,
 que es un mal consejero,
 se perdiese aquel alma tan querida,
 por los altos designios revestida
 de un cuerpo tan perfecto y tan hermoso.

XI

Si al contrario, á sus ojos demostraba
 debilidad y extrema complacencia,
 y en la red peligrosa se enredaba,
 de invencible virtud haciendo alarde
 y escudado en la voz de su conciencia,
 tal vez puesta la planta en mal camino,
 pudiera empeorarse su destino,
 y al quererlo enmendar, fuera ya tarde.

XII

Cuando tomó la pluma
con mano temblorosa,
siente un peso en las sienes que le abruma;
la sangre en sus arterias comprimida
late de una manera estrepitosa;
escribe algunas frases, las primeras,
y las borra enseguida
por no ser oportunas ni sinceras;
vuelve luego á escribir y á borrar vuelve,
hasta que, prescindiendo ya de todo,
la verdad á decirle se resuelve
y contesta á Luisa de este modo:

Carta segunda de Teodoro á Luisa

Mi amada en el Señor: hoy ya me siento
de mi enojoso mal algo aliviado,
y su billete en lágrimas bañado
ha sido el principal medicamento.

¡Qué consuelo recibe el alma mía
de su gran caridad al ver la llama!
Dios nos paga en contento y alegría
lo que por El al prójimo se ama.

Siempre es un eco del amor divino
el amor de las pobres criaturas,
aun cuando el alma encuentre en su camino
quien le cause dolores y amarguras.

Comprendo bien su hastío de la vida,
al mirarse tan jóven y tan bella

con la esperanza ya casi perdida
y en su semblante del pesar la huella.
¡Qué tarde usted y yo nos encontramos
en este valle de tristeza y luto!
¡Cómo con nuestras lágrimas pagamos
á inexorables leyes el tributo!

Usted, á la cadena que la oprime
por lazos estrechísimos ligada,
entre tormentos horribles gime
siempre en sus afecciones contrariada.

Yo ¡miseró de mí! cual la avecilla
que en una estrecha jaula nace y muere,
apresté mi garganta á la cuchilla
pronunciando mis votos. ¡Dios lo quiere!

¡Suframos con paciencia la tortura,
por más que el corazón se haga pedazos,
al contemplar cuán grande la ventura
fuera sin estos votos y esos lazos.

Suframos con valor nuestra agonía,
y busquemos en Dios algún consuelo,
hasta que llegue el venturoso día
de unirse nuestras almas en el cielo.

XIII

La carta llegó bien á su destino,
sin hallar contratiempo ni embarazo,
y Luisa, que ansiosa la esperaba,
la abrió con desatino,
después de darle un beso y un abrazo.
Apenas comenzada la lectura,
observó que algo extraño le pasaba :

su pecho se oprimía;
 la sangre en sus arterias mal segura,
 á su frente ardorosa se agolpaba;
 quiso hablar ó llorar, mas no podía;
 y en aquella congoja
 que dominar no puede,
 abre los brazos; el papel arroja;
 al peso natural su cuerpo cede,
 y de la vista y la razón privada,
 cae sobre la alfombra desmayada.

XIV

Al oír aquel golpe de repente,
 acude una sirvienta;
 ve á su señora en tierra; lanza un grito,
 y pone en conmoción toda la casa.
 Al saber lo que pasa,
 se presenta en la escena el señorito,
 que alzando á su mujer con gran cuidado
 la conduce á su lecho;
 y mientras va un criado
 á buscar al doctor con gran premura,
 la pulsa á ver si tiene calentura;
 luego se pone á andar de un lado á otro,
 porque es la situación para él un potro;
 al fin tropieza el pie con el billete
 que á la infeliz esposa
 de un modo tan horrible compromete;
 lee con detención su contenido,
 y después de leer, lo guarda airado,
 exclamando entre dientes:— ¡Deliciosa

es la revelación para un marido
 que vive en la inocencia confiado!
 Antes que pase el fervoroso anhelo
 á cosas de la tierra desde el cielo,
 procuraré evitar en lo posible
 la comunicación tierna y piadosa
 que tiene con el clérigo sensible.
 Y en su interior formando gran empeño
 de ocultar ante todos su disgusto,
 trémulo de emoción, frunció el ceño,
 abandonó la estancia de su esposa,
 que era para él el lecho de Procusto.

XV

Cuando Luisa volvió de su desmayo
 y se pudo enterar por su doncella
 de cómo, entrando á verla su marido,
 halló el billete y lo leyó con calma,
 sintió oprimida el alma,
 cual si de pronto un rayo,
 descendiendo sobre ella,
 con su llama voraz la hubiese herido;
 y sus ojos, trocados en dos fuentes,
 correr dejaron lágrimas ardientes.

XVI

Entre tanto, el placer y la alegría
 en la casa del cura
 para sus moradores no existía.
 Cada vez iba á más la calentura;

una tos pertinaz lo molestaba,
sin dejarle ni un punto de sosiego;
abrasadora sed lo devoraba
cual si tuviese en sus entrañas fuego;
era la tos á veces convulsiva;
el médico observó con gran cuidado
y halló estrías de sangre en la saliva,
y por síntomas tales alarmado,
conoció claramente
que era el mal una tisis incipiente.

XVII

Teodoro, que su estado no ignoraba,
y que del fin de su existencia triste,
más bien que deplorarlo, se alegraba,
en no ver á los médicos insiste;
y aunque su madre llora inconsolable,
y el obispo de Dios la ayuda implora,
la enfermedad traidora
avanza más y más en su camino,
haciendo cada día más probable
el término fatal de su destino.

XVIII

Una noche... pensando en su deseo
y vagando en sus labios la sonrisa
que da á los desdichados la esperanza,
trazaba allá en su mente el mausoleo
en que sus restos colocar quisiera
con los de una mujer, si tal pudiera,

para doblar la bienaventuranza,
cuando entró el sacristán con mucha prisa,
astuto y recatado,
y con mucha reserva y gran cuidado
le entregó otro billete de Luisa.
Era el billete corto y expresivo;
leyólo el cura, y le llegó á lo vivo.
Hé aquí lo que en poquísimos renglones
decía, con sus propias expresiones:

Carta segunda de Luisa á Teodoro

De temor y de angustia estoy temblando.
Mi marido ¡ay de mí! todo lo sabe.
El está su venganza meditando;
mayor desgracia que esta ya no cabe.

Salió para Madrid en el expreso
y me quiere llevar para Manila.
Mañana volverá. Mi alma vacila
de esta desgracia horrible bajo el peso.

Esta noche estará casi desierta
mi casa; echaré fuera á los criados.
La puerta del jardín... dos golpes dados...
yo por mi mano le abriré la puerta.

Si no es una ilusión que usted me ama
con el amor inmenso que me inspira,
venga, que preparada está la pira
para abrasarnos en la misma llama.

Los designios de Dios sumisa acato.
El me inspira esta fe con que le quiero.
Seré dichosa si en sus brazos me quiero;
si se niega á venir, sola me mato.

XIX

Quedóse unos instantes reflexivo,
y después exclamó con sordo acento:
—¡El mismo amor violento
es el amor que en nuestros pechos arde!
Si ella perece y yo le sobrevivo,
¡seré un villano ruin, seré un cobarde!
Es nuestro amor de tal naturaleza,
que, por Dios inspirado,
conserva en nuestras almas la pureza.
¡Si salvarla y salvarme á un tiempo mismo
no puedo, es que las fuerzas me han faltado;
pero estando á su lado,
me es todo igual, el cielo y el abismo!

XX

Llegó la noche: en la tiniebla oscura
se desliza con paso presuroso
la figura de un hombre;
al llamar con dos golpes á una puerta,
se abre sin vacilar la cerradura,
y una voz de eco dulce y misterioso
pronuncia quedo de Teodoro el nombre.
La casa está desierta;
entran los dos, á oscuras, de la mano,
y andando con gran tiento,
llegan por fin de Luisa al aposento,
donde entre objetos mil indescifrables
y una atmósfera cálida y pesada,

vefase dispuesto de antemano
un montón de materias inflamables.
Ni una palabra entre los dos hablarón;
con los ojos no más se comprendierón;
con profundo delirio se abrazarón,
y en una sus dos almas se fundierón.

XXI

De allí á poco, el palacio
por las inmensas llamas circuído,
iluminaba el tenebroso espacio;
y sin que nadie detener pudiera
el furor insaciable de la hoguera,
se vió pronto en cenizas convertido;
y entre aquellos despojos húmeantes
del dorado artesón que se derrumba
hallaron los tiernísimos amantes
á un mismo tiempo el tálamo y la tumba.

EPÍLOGO

La mañana siguiente
con horror deteníase la gente
las ruinas á ver de aquel siniestro,
y más de una persona emocionada
rezó con devoción un *Padre nuestro*.
La prensa, á su decir, bien informada,
dijo que la catástrofe espantosa
fué por un gran descuido ocasionada,
y víctima infeliz, la que en el mundo

vivió cereada de placer profundo,
jóven, rica, estimada y venturosa.

—

En cuanto al sacerdote desdichado,
dijeron los papeles
que aquella misma noche, acompañado
de varios misioneros,
salió lleno de ardor y santo brio
á convertir infieles,
á tierras muy remotas,
sin oír el clamor de las devotas
ni el ruego de su madre y de su tío.

FÍN

Alcalá de Guadaira, Septiembre de 1889.



LA MONJA

Poema ejemplar

—

I

En una población de Andalucía
un hidalgo vivía
esa vida holgazana
del que debió al capricho de la suerte
nacer en noble cuna,
sin tener que pensar en el mañana
ni permitirse ocupación alguna.
Todo es bello para él; todo le advierte
que, aunque el hombre, después de su pecado,
fué por Dios condenado
á ganar el sustento con sudores,
es decir, con trabajo y con fatiga,
esa pena no obliga
á los grandes señores,
que, viniendo con títulos mejores,
ya ostentando el blasón de ajena gloria
en viejos pergaminos,
ya la obra meritoria
de haber su antecesor acumulado,
sin escoger para ello los caminos,

un caudal respetable y respetado,
pueden luego tenderse á la bartola,
dejando á su placer rodar la bola.

II

Llamábase don Bruno el tal sujeto
y era un hombre completo,
aunque nada estudió, porque era rico,
confiado en que el mundo considera
al hombre adinerado,
aunque tenga el talento de un borrico,
más que al sabio indigente que ha gastado
su tiempo en calentarse la mollera.
Contaba de él la historia
como cosa notoria,
que allá en sus mocedades
feá un hombre muy temible
y cometió dos mil barbaridades,
con escándalo inmenso de las gentes,
ganando á fuerza de oro lo imposible,
agraviando á doncellas inocentes,
y causando muy graves desazones
á padres y á maridos bonachones,
cuyas hijas ó esposas
no pecaron jamás de melindrosas.

III

En pocos años, se encontró don Bruno
con que sus facultades naturales
negaban el concurso á sus descos,

y que las Vénus truécense en vestales
si los Adonis son viejos y feos.
Comprendió que era ya tiempo oportuno
de recordar que el hombre tiene un alma;
reflexionó con calma;
sondeó su conciencia,
y con santo terror pensó en la muerte.
Al abjurar sus locos devaneos,
le deparó la suerte
un confesor de ciencia y de experiencia,
hombre recto y maduro,
que lo apartó de todo lo profano,
haciéndole pensar en lo futuro.

IV

Metido ya de lleno á buen cristiano,
oyó en todas las fiestas misa entera,
practicó muy frecuentes comuniones,
cargó en las procesiones
con el pendón de alguna cofradía,
y para hacer más firme y valedera
la conversión que el cielo le pedía,
en las vigiliás observó el ayuno
como la Iglesia manda;
y echando en la demanda
del templo unas monedas resonantes,
y en la plaza á los pobres vergonzantes
dando de vez en cuando una peseta
á presencia del público asombrado,
pronto llegó á adquirir fama completa
de hombre por la virtud justificado.

V

Aunque don Bruno fué siempre soltero,
 tuvo en una doncella,
 de las muchas que él hizo desgraciadas,
 una niña muy bella,
 á quien dieron el nombre de María,
 y fué luego criada con esmero,
 á pesar de su humilde medianía,
 por dos buenas mujeres, apia ladas
 de la niña infeliz sola y sin madre,
 (que murió al dar á luz á la inocente),
 viéndola inicuaente
 dejada en abandono por su padre.

VI

Contaba ya la niña doce años,
 cuando el viejo Tenorio
 se separó del mundo y sus engaños,
 y allá en su fuero interno
 pensaba en conquistar el purgatorio
 y en eludir las penas del infierno.
 En estas cosas tristes cavilando,
 consultó al confesor si convendría
 legitimar una hija que tenía,
 para que fuese monja, calculando
 que la niña, en el claustro ó en el cielo,
 rogando á Dios con fervoroso anhelo,
 el perdón de su padre alcanzaría.

VII

Encontró el confesor muy acertada
 la idea de aquel hombre;
 al rescripto del príncipe acudieron;
 quedó la niña al fin legitimada;
 y al imponerle de su padre el nombre,
 todos con gozo el parabién le dieron.
 Hubiera ella, no obstante, preferido
 la vida, aunque modesta, muy dichosa,
 que al lado de las dos santas mujeres,
 amada y amorosa,
 pasó como la tórtola en su nido;
 mas comprender le hicieron sus deberes,
 y, á falta del regazo de una madre,
 aceptó, dominando su disgusto,
 el cariño tardío de su padre,
 que, aunque ya casi santo, era algo adusto.

VIII

En los primeros días
 estaba siempre pesarosa, inquieta,
 sin hallar distracciones ni alegrías;
 pero, mujer al fin, que en su organismo
 lleva algo de voluble y de coqueta,
 mezcla de idealismo y realismo,
 al ver que su buen padre la mimaba
 y juguetes y trajes le compraba;
 al mirarse al espejo,
 y ver su esbelto y primoroso talle

y su linda figura en el reflejo,
y al observar también que por la calle
iba de todos la atención llamando
y á las otras muchachas eclipsando,
su suerte encontró ya más llevadera,
y al fin se conformó como cualquiera.

IX

No descubrió la niña el pensamiento
del bueno de don Bruno,
aunque éste un día la llevó al convento
de monjas Carmelitas,
á donde hizo después varias visitas.
Las madres, cariñosas,
le fueron regalando muchas cosas:
ya estampitas de santos, ya rosarios
con numerosos días de indulgencia;
ya bordados con sedas de colores
lindos escapularios
y medallas de santa procedencia;
unas, por el Pontífice benditas,
con gracias infinitas
para aliviar del alma los dolores;
otras, tocadas al Sepulcro Santo
que regó con su llanto
la Madre de los tristes pecadores.

X

Así se iban ganando cada día
el tierno y dulce afecto de María,

hasta que al fin y al cabo dispusieron
el padre y la abadesa,
(cuando de ella seguros estuvieron,
pues hizo por sí misma la demanda),
que entrase en el convento, con promesa
de estar en él en clase de educanda
solo el tiempo preciso, indispensable,
para aprender allí ciertas labores,
perfiles y primores,
que hacen á la mujer más apreciable
en cualquiera camino
por donde la conduzca su destino.

XI

Como ningún afecto grande y puro,
en su infantil y candorosa calma,
sintió la niña, de esos que en el alma
echan honda raíz, como la hiedra
al estrechar el muro,
la vida del convento no la arredra.
Va allí á tener amigas cariñosas,
para jugar, las horas de recreo;
las buenas religiosas,
que ya la quieren tanto,
no se opondrán jamás á su deseo,
y si se aflige, enjugarán su llanto.
Y cuando crezca más y ya esté grande
y educada y bonita,
saldrá, si su papá la necesita,
luego que ella lo quiera y él lo mande.

XII

Con estas esperanzas é ilusiones
 entró la niña bella
 en la morada aquella,
 sepulcro de inocentes corazones.
 Todas la acariciaban á porfía,
 y saltaba y corría
 con sus tiernas y amables compañeras,
 cual cervatillas, que al rayar el día
 salen del bosque espeso á las praderas.
 Tan satisfecha y tan feliz se hallaba
 con aquella existencia deliciosa,
 que, á pesar de la tétrica clausura,
 para nada del siglo se acordaba,
 siendo para ella la mayor ventura
 no tener que pensar en otra cosa
 que en dar gusto á las madres superiores
 y jugar entre amigas y entre flores.

XIII

Don Bruno, cuyo cambio era notorio,
 iba de vez en cuando al locutorio
 á ver á la inocente corderilla,
 que, cándida y sencilla,
 apretaba su cuello al sacrificio;
 y como era la víctima inmolada
 en el ara sagrada
 del padre pecador en beneficio,
 él, que en su fuero interno

la convicción tenía
 de merecer las penas del infierno,
 cuando á ver á la niña iba gozoso,
 siempre con un acento lacrimoso,
 al despedirse de ella, le decía:
 por tu padre infeliz reza, hija mía.

XIV

Y la niña rezaba;
 y entre el rezo y el juego
 de la vida llegó la primavera.
 Ya en los quince rayaba,
 cuando sintió la ráfaga primera
 de pensamientos que antes no abrigaba.
 Ardió en su corazón extraño fuego;
 su cabeza aturdida
 soñó con otro mundo y otra vida;
 y ya, considerándose en pecado,
 consultó al confesor sobre lo grave
 de su angustioso estado,
 que ella conoce y dominar no sabe,
 quizás presa en la red que el enemigo
 tiende á los que llevar quiere consigo.

XV

El sabio confesor que con prudencia
 aquella santa casa dirigía,
 viendo llena de sombras la conciencia
 de la sensible y cándida María,
 trató de echar á un lado sus temores

y hacerle recobrar su antigua calma;
 pero ya estaba de la niña el alma
 tan llena de dolor y de amargura,
 debido á la lectura
 de ejemplos por desgracia aterradores,
 donde por causa leve
 deja un justo que el diablo se lo lleve,
 que los sanos consejos olvidaba
 y del diablo tan solo se acordaba.

XVI

La abadesa miró cual cosa sería
 de la niña el escrúpulo extremado,
 y encontró bien dispuesta la materia
 para hacer una santa
 de espíritu tan noble y exaltado,
 hoy que tan raras son las ocasiones
 de admirar tan extrañas perfecciones.
 Se dió cuenta al prelado
 de tan raro prodigio;
 y él, para realzar más el prestigio
 de aquellas santas hijas del Carmelo,
 dispuso que á la niña dirigiera
 un confesor de extraordinario celo,
 que su conato en sazonar pusiera
 flor de tanto perfume y esperanza,
 destinada á la bienaventuranza.

XVII

El confesor, de celo en testimonio,

fué explicando á María
 todas las asechanzas del demonio;
 el peligro inminente
 que su alma correría,
 si á vivir en el siglo depravado
 iba tan candorosa é inocente;
 mientras que aquellas dignas religiosas,
 con su constante ejemplo,
 como santas y místicas esposas
 del Esposo Divino,
 elevando sus preces en el templo,
 lograrían fijar su alto destino.

XVIII

Con un miedo profundo
 la niña desde el claustro se acordaba
 de las cosas del mundo,
 y de pensar en él se horrorizaba.
 ¡Qué culpas de tan grave transcendencia
 los que viven en él cometerían!
 ¡Qué peso en la conciencia,
 ¡qué sombras en el alma llevarían,
 cuando ella, á cada instante,
 del peligro distante,
 era mísera esclava del pecado,
 y digna de castigo y de escarmiento,
 por tener al Señor siempre enojado
 con obra ó con palabra ó pensamiento!...

XIX

Cierto día, después de una consulta, el confesor, el padre y la abadesa llamaron á la niña, temerosos de hallar en ella alguna idea oculta, y en términos sencillos y amistosos dieron ya por cumplida su promesa, haciéndole saber que, terminada su educación, completa y esmerada, salir le convenía de aquella estrecha y lóbrega clausura, y vivir de su padre en compañía, luciendo su talento y su hermosura. La niña entonces, con visible espanto, de su padre á los pies cayó de hinojos, y vertiendo sus ojos en copioso raudal sincero llanto, exclamó entre sollozos: — ¡Padre mío, solo me inspira el mundo horror y hastío, y morir quiero en este asilo santo!

XX

Con una mueca extraña, indescriptible, quiso fingir don Bruno en su semblante el profundo y amargo sentimiento de un padre, aunque devoto, muy amante, cariñoso y sensible; pero ocultando su interior contento, accedió á que quedase en el convento

aquella incomparable criatura, que, según asegura la abadesa, enemiga de lisonjas, el sabio confesor que la dirige y el testimonio de las madres monjas, tiene virtudes ya tan singulares, que encierra en su alma cuanto Dios exige para ocupar un puesto en los altares.

XXI

Ya iba á tomar como novicia el velo, y era fuerza buscarle una madrina; y María mostró muy grande anhelo de que fuese invitada una joven llamada Carolina, que en el mismo convento fué educada; su amiga más constante y cariñosa, á quien sus padres, gente de dinero y de noble ambición, aunque profana, sacaron de la noche á la mañana para que fuera esposa de un joven, primo suyo y artillero.

XXII

Carolina y su esposo y un hermano de la joven madrina, que, como su cuñado, militaba en la misma brigada ó regimiento, y era ya capitán, aunque contaba solo veintiseis años no cumplidos,

por mandato especial de Carolina,
 con un coche llegaron muy temprano
 á sacar á la niña del convento,
 para que viera el mundo y lo apreciara,
 así de refilón y en un momento,
 antes de que sus votos pronunciara.
 Y no fué acompañándolos don Bruno,
 por dos buenas razones:
 el no poder sufrir las impresiones
 de aquel acto imponente,
 y el consejo de un médico prudente,
 á causa de un catarro inoportuno.

XXIII

La niña iba lindísima en extremo,
 como elegida por el Sér Supremo,
 vestida del color de la pureza,
 de joyas adornada
 y de azahar la frente coronada;
 su cabellera, espléndida y sedosa,
 caía por su espalda en luengos rizos,
 formando su hermosura prodigiosa
 el conjunto de todos los hechizos.
 Mucha gente acudió, según costumbre,
 y estaban todos con el ojo alerta.
 Cuando salió á la puerta,
 le abrió paso la absorta muchedumbre,
 que se quedó extasiada
 contemplando las gracias de María.
 Al entrar en el coche,
 con profundo entusiasmo uno decía

que llevaba en sus ojos,
 además de la clara luz del día,
 los dulcísimos sueños de la noche;
 otro, que la alborada
 tiñó con su carmín sus labios rojos;
 y todos, exhalando algún lamento,
 exclamaban con voz triste y penosa:
 ¡qué lástima de niña tan hermosa,
 que vayan á encerrarla en un convento!

XXIV

Partió el coche de allí; los militares
 sentados frente á frente
 de aquellas dos bellezas singulares,
 porque es fuerza decir que Carolina
 era también una mujer divina.
 Arturo, el capitán, que donde quiera
 era un joven de chispa y elocuente,
 iba triste y callado,
 esperando con ansia verdadera
 que el silencio rompiera
 ya de una vez su hermana ó su cuñado
 y cuando en el vaivén del carruaje
 tocaba su rodilla en la rodilla
 de la niña preciosa,
 él temblaba cual la hoja en el ramaje,
 y ella, toda turbada y ruborosa,
 se ponía ya roja, ya amarilla,
 y de ambos al oído
 un extraño rumor llevaba el viento,
 que, cual eco en la atmósfera escondido,

repetía esta frase dolorosa:
¡qué lástima de niña tan hermosa,
que vayan á encerrarla en un convento!

XXV

Ya en el campo (porque iban á una quinta donde muchos amigos aguardaban), ven las ligeras nubes que flotaban, teñido el borde de dorada tinta; los canoros y alegres pajarillos saltando alborozados de la espesa arboleda á los tomillos; las flores de los prados que con gran variedad y en abundancia saturan el ambiente de fragancia; los corderillos que en las verdes lomas brincan enajenados de alegría; las bandadas de candidas palomas, el rumor vago de la selva umbría, la cascada que en sierpes se dilata ó en ténues hilos de luciente plata; el lago entre sus márgenes dormido que el limpio cielo en su cristal retrata, y el sol, que luz y vida derramando, todas las creaciones va animando. Al ver tanta belleza, exclamó entusiasmada Carolina, estrechando la mano de su esposo: — ¡Oh espectáculo hermoso! ¡Qué admirable salió Naturaleza de la bondad divina!

¡Feliz el que con santa y dulce calma sabe de ella gozar en cuerpo y alma!

XXVI

Al escuchar la niña candorosa la ardiente exclamación de aquella esposa, que, expresando tan noble pensamiento, satisfecha y dichosa, en una sola frase compendiaba un mundo de ternura y sentimiento, dejó escapar del pecho dolorido un suspiro fugaz mal comprimido, que, al salir, sus entrañas desgarraba. Al mismo tiempo alzóse en su conciencia, por horribles temores envuelta entre zozobras y agonía, una voz que con lúgubres clamores y eco amenazador le repetía: ¡de tu fe en testimonio, huye las asechanzas del demonio! Y la niña cuitada, por aquellos fantasmas de su mente con intensa crueldad atormentada, vió en todo aquello un lazo tremebundo para arrastrarla al lodazal del mundo; se llevó entrambas manos á la frente; cerró los ojos; exhaló un gemido, y cayó sin sentido, cual tierna flor del huracán tronchada, de su amiga en los brazos, desmayada.

XXVII

Llenos de sobresalto y de amargura
 á la quinta llegaron con premura;
 en sí volvió María,
 y recobraron todos,
 al verla ya repuesta, la alegría.
 Propusieronse allí de varios modos
 animar á la pobre y distraerla;
 pero nada lograba entretenerla.
 Si se le habla de lícitos placeres,
 con frases cortas y palabra fría
 su confesor recuerda y sus deberes;
 triste siempre y llorosa,
 hondos suspiros de su pecho exhala,
 hasta que al fin con apagado acento
 exclama: --¡Que me lleven al convento;
 que me lleven, por Dios; me pongo mala!

XXVIII

Arturo, haciendo un gesto de disgusto,
 montó á caballo y se alejó con pena,
 mostrando la impresión de aquella escena
 con silencio tenaz y ceño adusto.
 En las pocas palabras que cambiaron,
 breves, pero profundas ilusiones
 por su mente cruzaron.
 Al través de su cándida inocencia
 creyó ver de la joven la conciencia
 dominada por místicas visiones;
 y para no luchar con lo imposible,

pues le inspiraba el caso repugnancia,
 tuvo por preferible
 buscar remedio al mal en la distancia,
 confiado en que Dios á su destino
 dirige al hombre por cualquier camino.
 Y aquella misma noche, antes que hubiera
 algo que sus proyectos trastornara,
 escribió al director con firme mano
 una instancia apremiante, de manera
 que en el más breve plazo lo enviara
 de servicio al ejército cubano.

XXIX

Carolina y la niña, ya aliviada,
 llegaron al convento,
 donde fué de sus galas despojada.
 Su linda cabellera
 cayó al golpe fatal de la tijera;
 bajo el tupido velo,
 sus bellísimas formas se ocultaron,
 y á admirarla bajaron desde el cielo,
 según algunas monjas observaron,
 ángeles del Señor y hasta querubés
 del humo del incienso entre las nubes.

XXX

Carolina cumplió su cometido
 con afable interés y bondad suma,
 porque amaba á María tiernamente;
 y ya la ceremonia terminada,

al tiempo de salir con su marido,
sospechando que acaso la inocente,
bajo la densa bruma
de una atmósfera mística embriagada,
pudiera ser más tarde desgraciada
con solo respirar en otro ambiente,
como una madre buena y compasiva
le habló de la estrechez de la clausura,
de los grandes deberes que se impone
quien de su libertad así dispone,
de la inmensa amargura
que halla después la que, engañada ó ciega,
á una vaga ilusión quizás se entrega.
Pero ella, con voz grave y persuasiva,
le contestaba siempre:—Estoy segura
de que un inquebrantable y santo anhelo
me manda obedecer la voz del cielo.

XXXI

Como antes de empezar el noviciado,
siguió siendo María
un perfecto dechado
de extrema pureza.
Su virtud, cual ninguna edificante,
cada vez más y más resplandecía
en celo, en humildad y en fortaleza;
y era de tal manera escrupulosa,
que la más fútil y sencilla cosa
la juzgaba un pecado horripilante;
y llena de temor y de agonía,
cual si un áspid llevara en su conciencia,

hasta los pies del confesor corría
buscando absolución y penitencia.

XXXII

Don Bruno estaba loco de entusiasmo,
al saber que su hija idolatrada,
del mundo entero admiración y pismo,
era hasta por las monjas venerada.
El obispo, que á veces iba á verla,
le decía:—Señor, es una perla.
¡Qué virtud! ¡qué talento tan profundo!
Hasta á su confesor tiene encantado,
y dice que el Señor nos la ha enviado
para probar que hay santos en el mundo.
Y como en el convento repetían,
y aun fuera de él, lo que al prelado oían,
él, pecador y padre, se alegraba
de ser sin merecerlo tan dichoso;
y aunque ya no pecaba,
gracias á sus achaques y á sus años,
lo tenían, no obstante, receloso
las culpas de los tiempos anteriores;
pero esperaba subsanar los daños
con los méritos que ella contraía,
confiado en que al fin alcanzaría
librarlo de las penas del infierno;
pues si Dios, en habiendo intercesores,
da su perdón á tantos pecadores,
¿cómo olvidarse de él, siendo su yerno?

XXXIII

Arturo, por su parte,
 estaba de ir á Cuba arrepentido,
 y en la lucha de Vénus y de Marte
 iba el sangriento dios casi vencido.
 Echóle Carolina un buen regaño
 por no haber esperado con paciencia
 la ocasión oportuna
 de herir con clara luz la inexperiencia
 de quien su propio sér no comprendía;
 y con buenas razones le argüía
 que era obrar en su daño
 y despreciar acaso la fortuna,
 huir tan lejos y con prisa tanta,
 cuando estando más cerca de María,
 tal vez se lograría
 descubrir la mujer tras de la santa.

XXXIV

Pero ya era imposible: con premura,
 según su voluntad, recibió luego
 orden para embarcarse.
 Iba á dejar el alma en la clausura,
 cuando su corazón en vivo fuego
 estaba aniquilado de abrasarse.
 En su temor de verse despreciado,
 no se atrevió á turbar la dulce calma
 de la niña hechicera,
 y prefirió tener dentro del alma

de su amor el secreto bien guardado,
 hasta que otra ocasión propicia hubiera.

XXXV

Cuando ya iba á partir el artillero,
 fué con su buena hermana al locutorio
 para decir adiós á la novicia;
 mas llegó la noticia,
 antes que á nadie, al confesor severo,
 y éste, dictando un auto prohibitorio,
 bajo fútil excusa,
 impidió que saliese la reclusa
 á cumplir ceremonias mundanales,
 hallándose ocupada
 en la tarea mística y sagrada
 de implorar los auxilios celestiales.

XXXVI

La niña se quedó muy pesarósa
 por no ver á su amiga cariñosa
 y también (ya que es fuerza que se diga)
 por no ver de pasada al artillero,
 á quien dió á su pesar tanto disgusto
 cuando á la quinta fueron con su amiga;
 el cual, para evitar un nuevo susto,
 se alejó incomodado,
 y quizás persuadido,
 cosa muy natural en un soldado,
 de que el soponcio aquel era fingido.
 Pero ella, con el prójimo indulgente.

perdonó aquella falta,
 y aun sintió haber estado displicente,
 lo cual alguna vez hasta la exalta.
 Pero le fué imposible remediarlo,
 porque á la exclamación de su madrina
 estrechando la mano de su esposo,
 sufrió una conmoción tan repentina,
 que, sin ella quererlo ni pensarlo,
 vió en todo aquello al enemigo eterno
 que audaz y cauteloso
 la quería ganar para el infierno.

XXXVII

Y aunque de todo se acusó llorando,
 siempre olvidó una cosa muy sencilla,
 cosa para la cual no encontró nombre,
 aunque con interés lo iba buscando:
 y fué la sensación grata y penosa
 que tuvo, al encontrarse su rodilla
 con la rodilla aquella de aquel hombre.
 Tampoco se acusó de que en el sueño
 otra mano su mano acariciaba,
 y en la naturaleza embebecida,
 con delicioso y pertinaz empeño
 la frase de su amiga recordaba,
 y su labio feliz la pronunciaba
 con el alma de gozo enardecida.
 Pero sí confesó con honda pena,
 aunque en último caso
 la culpa no era suya sino ajena,
 aquella frase horrible que oyó al paso,

ya de subir al coche en el momento,
 frase, además de impia, escandalosa:
 ¡qué lástima de niña tan hermosa,
 que vayan á encerrarla en un convento!

XXXVIII

Arturo, que á despecho de su hermana,
 salió para la Habana,
 al tiempo de partir le dejó escrita
 una carta que, triste y reservado,
 con mano temblorosa y faz contrita,
 de parte suya le entregó un criado.
 Carolina la abrió llena de susto,
 y la vista pasó por los renglones
 con gran asombro y con mortal disgusto.
 He aquí lo que su hermano le decía:
 «No por verme marchar te desazones,
 »ni me llores ausente.
 »He concebido una pasión ardiente
 »por tu joven ahijada, por María.
 »Pretendiendo luchar, no sé por dónde
 »me ha asaltado una idea pavorosa
 »que á mi inquietud y á mi temor responde.
 »Al verla tan sencilla y fervorosa,
 »concebí este dilema que me espanta:
 »no hay medio; es una imbecil ó una santa.
 »Si imbecil, no la quiero,
 »porque indigna de mí la considero;
 »y si es, cual juzgo, santa como bella,
 »no hay en la tierra un hombre digno de ella.
 »Por no morir de muerte extravagante,

»á impulsos de ese enigma que idolatro,
 »como muere el amante
 »héroe de la novela ó del teatro,
 »no encuentro más remedio
 »que poner tierra ó agua de por medio.
 »Si la ausencia me ofrece un lenitivo
 »contra este malestar desesperado
 »que aumenta mi dolor cuando te escribo,
 »volveré pronto, y volveré curado.»

XXXIX

Se fué Arturo. Después de varios meses,
 algo más consolada Carolina,
 estando en los Pedroches cordobeses,
 participó á las monjas del convento
 que, gracias al Señor, era ya madre
 de un niño de hermosura peregrina
 que, según general convencimiento,
 era vivo retrato de su padre.
 Y enviando un regalo de importancia
 á la comunidad, cuyos haberes
 no eran para nadar en la abundancia,
 las oraciones para sí pedía
 de las santas mujeres,
 y con más ansia y con mayor premura
 para que el cielo su mirada pía
 fijase en la inocente criatura.

XL

Con la noticia aquella, y el regalo,

se alegraron las monjas de manera,
 que rogaron en tono compungido
 por el recién nacido,
 para que nunca el enemigo malo
 lograra aproximársele siquiera.
 Y fueron las sensibles religiosas
 en rezar y en cantar tan extremosas,
 que aunque Dios fuera sordo, las oyera.
 Excusado es decir lo que María
 en aquellos momentos
 con nueva tan feliz disfrutaría,
 dados sus generosos sentimientos.
 Sin comprender por qué, lloró de gozo
 y sonrió de pena;
 siendo su amor al prójimo sin duda
 quien le apuntó esta idea peligrosa:
 con un marido joven y buen mozo,
 y, además de eso, un niño
 como firme eslabón de la cadena
 que formaron los dos con su cariño,
 ¡cuánta dicha no habrá, cuántos placeres
 en la vida feliz de esos dos seres.

XLI

Y á pesar de ser grave, nada de ésto
 le dijo al confesor, porque pensaba
 que en sentir tales cosas no pecaba;
 y aunque con este ó con aquel pretexto
 asediarla pudiera el enemigo,
 su corazón estaba asegurado
 bajo el precioso y celestial abrigo

del hábito sagrado.
 ¡Un esposo! también iba á tenerlo
 ella en el mismo Dios. ¡Dicha inefable
 que pronto iba á alcanzar sin merecerlo!
 Y en cuanto al niño.... ¿cómo envidiaría
 el de una criatura despreciable,
 cuando en un altarito
 un Niño-Dios su celda embellecía,
 colorado y rubito,
 con el pelo anillado
 y un vestido precioso de brocado?

XLII

Mas, cuando ya en su celda se encontraba,
 y al niño y al esposo
 con tierno afán su corazón buscaba,
 veía á Cristo en estado lastimoso,
 que, en lugar de placer y de alegría,
 sólo santo respeto le infundía;
 y aunque el Niño causaba su embeleso,
 y gozaba en vestirlo y desnudarlo,
 porque en la niña ya desde la escuela
 la madre y aun la esposa se revela,
 al ir á acariciarlo,
 y al estampar en su mejilla un beso,
 encontraba en la pasta ó la madera
 un objeto insensible, duro y frío,
 y no lo que con loco desvarío
 ella en sus brazos estrechar quisiera;
 porque el Niño Jesús al fin no era
 un niño de verdad, de carne y hueso.

En cuanto á las delicias conyugales,
 que apenas pudo vislumbrar su instinto
 al través de las sombras monacales,
 cuando vió á su madrina
 de su marido acariciar la mano,
 sintió que aquel Esposo, aquella calma
 y aquel claustro, á la tumba tan cercano,
 no era el goce que dijo Carolina
 de la Naturaleza en cuerpo y alma.

XLIII

Pero, aunque cada día
 la pobre más y más formaba empeño
 en rechazar la criminal idea
 que le quitaba el sueño
 como cosa mundana, torpe y fea,
 desecharla del todo no podía;
 y la felicidad del matrimonio
 pasaba y repasaba por su mente
 ya como una visión respaldadeciente,
 ya como sugerencias del demonio.
 Y lo peor del caso
 es que, en aquella confusión horrible
 de lucha y de temores,
 siempre solía ver como de paso,
 pero de una manera perceptible,
 aunque envuelta entre cálidos vapores,
 con su semblante pálido y severo,
 la figura marcial del artillero.

XLIV

Ya estaba ella resuelta y decidida de su angustia á salir de cualquier modo, buscando al confesor arrepentida, contándoselo todo, para ver si le daba algun remedio que su alma libertara de aquel continuo y pertinaz asedio; pero, ¡cosa muy rara! al tiempo de llegar y arrodillarse, era tal la vergüenza que sentía, que por más que quisiera dominarse, iba ya á confesarlo, y no podía; porque, ante todo, lo que más le espanta, más que el pecado aquel, si era pecado, es perder en un punto lo ganado, y renunciar á su opinión de santa.

XLV

Entre esta lucha cada vez más fuerte, que ella sufre en silencio y nadie advierte, el año terminó del noviciado, tiempo de incubación indispensable, por los altos designios calculado, para que la crisálida pudiera convertirse en divina mariposa. Antes de que la aurora apareciera por los anchos balcones del Oriente envuelta en gasas de ópalo y de rosa

(frase usual y corriente del anticuado Apolo entre los hijos), anunciárense ya los regocijos de las gentes cristianas con enormes cohetes voladores, incesante repique de campanas é infinitas banderas, que como rico adorno del convento por todas partes ondeaba el viento. Una iluminación esplendorosa la iglesia esclarecía, cual si estuviese en su interior bañada por los rayos del sol de mediodía; todo en obsequio de la nueva esposa al Esposo divino consagrada. El obispo, con alto y bajo clero, y las autoridades que suelen adornar con su presencia estas festividades, formaban la apiñada concurrencia donde casi se hallaba el pueblo entero. Un orador de ciencia, y de pulmones, con sublime elocuencia y maestría y solemne aparato, encomió la virtud del celibato, y derrochó un tesoro de citas en latín, de otros sermones, llamándole las monjas pico de oro, aunque ninguna de ellas lo entendía; y dejó así la vocación probada de un angel que hacía Dios sus pasos guía, de un alma de virtud acrisolada,

de una santa en agraz: la de María.

XLVI

Ya terminada la asombrosa fiesta
y pronunciados los solemnes votos,
la elegida de Dios á entrar se apresta,
para no salir más, en su clausura.
Sus oraciones rezan los devotos;
una gran muchedumbre la acompaña;
y al llegar á la puerta que se abría
ya por última vez para María,
ven allí cerca una figura extraña,
la figura de un hombre macilento
con el traje y el rostro polvoriento
como el de un viajero fatigado.
Junto al quicio arrimado,
los ojos fijos, pálido el semblante,
trémulo de emoción y de honda pena,
ve á la monja llegar, y en el instante,
con voz que de amargura el aire llena,
exclama:— ¡Dios benigno! ¡Dios piadoso!
¡Tu santa ley de amor mira ultrajada!
¡Niña desventurada!
¡madre sin hijo! ¡esposa sin esposo!

XLVII

La monja y la madrina
los ojos levantaron,
y un grito de dolor ambas lanzaron.
— ¡Mi hermano! exclamó ansiosa Carolina,

al ver al triste y desdichado Arturo
sosteniéndose apenas contra el muro.
María iba á caer... ya vacilaba,
cuando dos religiosas, que salieron,
en el claustro fatal la introdujeron;
y, cerrada la puerta, de allí á poco
disipó de los fieles el disgusto
el saber que el origen de aquel susto
fué el arranque no más de un pobre loco.

XLVIII

Era Arturo, que en vano pretendía
dominar de su amor la nostalgia,
y ya abrumado de mortal dolencia,
para volver á España
obtuvo de sus jefes la licencia.
No bien del patrio sol la luz lo baña,
nuevos bríos adquirere,
y corre desalado hacia el convento
con el formal intento
de hablar con la franqueza del soldado
á la niña infeliz que tanto quiere,
antes que haya sus votos pronunciado.
Llega á casa de Andrea,
una de las mujeres que la infancia
cuidaron de la niña en abandono...
Andrea fué de Arturo la nodriza,
y el porvenir de entrambos saborea.
Sale con él. La pobre calculaba
que, si á tiempo llegaba,
aun habiendo un escándalo seguro,

el triunfo era de Arturo.
Entre la muchedumbre se desliza,
resuelto á todo, el joven artillero,
de su amor y su audacia haciendo alarde..
pero, por más que quiso andar ligero,
cuando llegó al altar... ¡era ya tarde!

XLIX

Transido de dolor y de amargura,
no bien entró en la casa de su hermana,
le acometió una horrible calentura
con pertinaz delirio,
ante el cual se estrelló la ciencia humana.
Andrea fué al convento presurosa,
pidiendo á voces que de aquel martirio
demandaran á Dios con fe piadosa
que al infeliz enfermo libertara
y el juicio y la salud le devolviera;
pues si Dios no lo ampara,
de salvarlo el doctor ya desespera,
y puede de su hermano en la ruina
correr igual peligro Carolina.

L

Como eran Carolina y su marido
dos de los principales bienhechores
de la comunidad, siempre apurada,
ordenó la abadesa que encendido
un cirio se pusiese y muchas flores
á la Madre de Dios inmaculada.

Y como de la torre se veía
la casa del enfermo, se pusiera
en ella una bandera
que pudiese anunciar durante el día,
si blanca, que su estado mejoraba;
si oscura, que aliviarse no lograba,
y negra, si moría;
reemplazando de no che las señales
con uno ó más faroles encendidos,
á fin de que los ruegos y plegarias
fuesen en casos tales
elevados á Dios en formas varias
y con mayor empeño dirigidos,
para lo cual, al punto dispondría
que estuviere en la torre siempre en vela
una monja observando,
y que, por él rezando,
permaneciese allí de centinela.

LI

Como gracia especial pidió María
subir al elevado observatorio;
porque, si por desgracia se moría,
hallándose quizás el desdichado
sumido en un estado
poco satisfactorio,
se pudiese acudir en el momento
con todas las plegarias del convento
á encomendar á Dios el alma aquella,
antes de que pudiera el enemigo,
que todo lo atropella,

al infierno llevársela consigo.
 Accedió la abadesa sin reparo
 á colocar la salvación del loco
 bajo tan noble y generoso amparo;
 subió la niña á la empinada torre,
 y viendo de allí á poco
 una bandera blanca enarbolada,
 exclamó de placer enajenada:
 Sin duda está mejor, Dios lo socorre;
 y bañadas de llanto las mejillas,
 cayó, por él rezando, de rodillas.

LII

Llegó la noche fría y destemplada,
 y, aunque mandó otra monja la abadesa,
 María suplicó de llanto opresa
 no ser aquella noche relevada;
 y allí permaneció siempre de hinojos,
 sin dejar de rezar con santo anhelo,
 las manos elevadas hácia el cielo
 y en la brillante luz fijos los ojos.
 Dieron las doce en el reloj cercano...
 Todo estaba en silencio sumergido,
 apenas perturbado en ocasiones
 por algún eco rápido y lejano...
 la luna entre plomizos nubarrones
 sus misteriosos rayos escondía ..
 la niña, sin dejar sus oraciones,
 aplicaba el oído,
 y por más que escuchaba nada oía. [tos...
 De pronto.... un grito horrible hirió los vien-

en la casa de Arturo resonaba...
 A los pocos momentos
 alguien mató la luz que allí alumbraba...
 María se opriunió con ambas manos
 el corazón herido
 por angustia mortal, y su latido
 quiso ahogar entre esfuerzos sobrehumanos.
 Después, como una loca,
 cogió la cuerda y la campana toca;
 sube trepando á la mayor altura
 entre la sombra oscura,
 y con voz estridente,
 —¡Arturo, esposo mío,
 espera un poco! exclama sonriente;
 y lanzando su cuerpo en el vacío,
 cayó como la piedra desplomada,
 donde cadáver frío
 fué luego por las monjas encontrada.

EPILOGO

Atribuyóse el caso en el convento
 á un ataque violento
 ed un mal desconocido en medicina.
 La verdad se ocultó con gran cuidado
 hasta al sabio prelado,
 y á un mismo tiempo fueron á la tierra
 la santa que al infierno hizo la guerra
 y el hermano infeliz de Carolina.
 A don Bruno sirvió de consuelo

el tener á su hija ya en el cielo;
y en cuanto á las creencias populares,
hay quien guarda reliquias de María,
pensando que algun día
su imágen ha de ver en los altares.

FIN

Alcalá de Guadaira, Enero de 1889.



COLÓN EN LA RÁBIDA

LEYENDA

I

A orillas de un manso río,
sobre una empinada loma
que inclina su abrupta falda
hacia la playa arenosa
donde mueren espumantes
del mar las hinchadas olas;
entre amarillos almendros
y pinos de espesa copa,
á cuyo pie las retamas
mecen sus pálidas hojas,
y el tomillo y el cantueso
esparcen gratos aromas,
sus viejos muros levanta
una mansión silenciosa
que á la paz del alma brinda
su soledad bienhechora.

Ante el vetusto edificio,
en cuyas paredes toscas
y ennegrecidos tejados,
que espeso musgo colora,
el jaramago silvestre
sus secos tallos asoma;
en una estrecha explanada,

sobre un pedestal de rōca,
se alza una cruz, recordando
como insignia redentora,
que en ella empieza el camīnō
que abrió Jesús en el Gōlgōta.

Solemne y grave silencio
allí reina á todas horas,
silencio que sólo turba
el eco de la salmodia.

De tosco sayal vestidos
los que en su recinto morān,
á Dios elevan sus preces,
y contemplando sus obras,
profesan la humildad santa
y viven de la limosna.

El prelado que dirige
aquella hueste piadosa
es un venerable anciano
de virtudes tan notorias,
de ciencia tan eminente
y tan simpática historia,
que con amor y respeto
en los palacios y chozas
lo bendicen y lo aclaman,
porque en la comarca toda
con su palabra y su ejemplo
enseña, alivia y conforta,
inspirando al que vacila
la fe que en su alma atesora,
la esperanza, al que sucumbe,
y caridad generosa
al que practicarla debe

con los que su auxilio imploran.

Por sus méritos insignes,
en la corte rigorosa
de Isabel y de Fernando
fué elevado á la alta honra
de dirigir la conciencia
de la reina más heroica,
de la mujer más ilustre
y de virtudes más sólidas
que ha fatigado á la fama
y engrandecido la historia.

Fray Juan Pérez de Marchena,
quē así el prelado se nombra,
las vanidades del mundo
con gran placer abandona,
y al convento de la Rábida
hūye, á ocultar en sus sombras
las prendas que lo enaltecen,
las virtudes que lo adornan.

De entendimiento ilustrado
y alma pura y candorosa,
es su pasión el estudio,
y consagra muchas horas,
ya á contemplar de los astros
la multitud prodigiosa,
ya la extensión de los mares,
cuyos límites se ignoran,
ya las tiernas florecillas,
cuyas humildes corolas,
matizando el verde prado
y perfumando la atmósfera,
de Dios el poder revelan,

como la mar precelosa
 en sus tremendas borrascas,
 y los astros que tachonan
 los espacios infinitos
 y patentizan su gloria.

II

Mediado está el mes de Agosto,
 empieza apenas la tarde;
 del sol los ardientes rayos
 reflejan los arenales;
 como en la boca de un horno
 vibra enararecido el aire;
 las plantas su tallo inclinan
 lánguidas, mustias y exánimes,
 y los ganados se agrupan,
 temerosos de asfixiarse,
 bajo la apacible sombra
 de los corpulentos árboles.

Todo en la naturaleza
 inmóvil y mudo yace;
 ni una ráfaga de viento
 agita el verde ramaje,
 ni aquel silencio interrumpe,
 en el monte ni en el valle,
 sino el monótono canto
 con que sus ocios distrae,
 sus ténues alas batiendo,
 la chicharra infatigable,
 ó el compasado murmullo
 que produce el oleaje,

al chocar contra las rocas
 que inútilmente combate.
 Súbito, el sordo ladrido
 de un perro se oye distante;
 luego, el rumor de unos pasos,
 al crujir la arenal frágil
 ó las agostadas yerbas
 que el pie quebranta al posarse;
 y por último aparecen,
 como dos sombras errantes,
 dos pobres séres humanos
 á quienes á un tiempo abaten
 el calor y las fatigas
 quizás de un largo viaje.

El uno es de edad madura,
 recio cuerpo, ojos brillantes,
 rostro por el sol curtido;
 y aunque es humilde su traje,
 su actitud noble y gallarda,
 su continente agradable
 indican que no es un hombre
 de condiciones vulgares.
 En grueso bordón se apoya,
 y su mezquino equipaje
 es una bolsa de cuero
 pendiente del talabarte.

El otro es un débil niño,
 cuyo aspecto interesante
 conmueve por su dulzura
 y por su belleza atrae.
 Rojas lleva las mejillas
 casi hasta brotar la sangre,

y húmedo el blondo cabello,
sobre la espalda, flotante.
Aunque en edad muy temprana,
tantos fueron sus pesares
que ya en sus ojos azules
la mirada es fija y grave.
Pende de ellos una lágrima,
que ocultar procura en balde,
por no aumentar los dolores
de su desdichado padre.

Apenas á la explanada
subieron, ya jadeantes,
al pie de la cruz se acercan,
y ante ella rendidos caen,
pidiendo al cielo piadoso
que en su dolor los ampare.

Después de orar un momento
bajo aquel sol abrasante,
del dintel la sombra buscan
y en él van á refugiarse.
El hombre saca un pañuelo;
á su lado al niño atrae;
le enjuga el sudor del rostro,
y con amor entrañable
besa su frente y le dice:
—¡Hijo del alma: quién sabe
cuándo acabarán las penas
que nuestra suerte combaten!
El niño lágrimas vierte;
el padre vuelve á abrazarle,
y los dos á un tiempo lloran,
hasta que al fin, pobre ángel

cón voz casi imperceptible,
de eco dulce y penetrante,
ahogada por los solozos
que del tierno pecho salen,
— ¡Padre! padre mio! exclama:
¡tengó sed... y tengo hambre!

III

Tigré por la flecha herido,
más veloz no se levanta
que aquel hombre vigoroso
á quien hiere en las entrañas
la voz del hijo que llora
y en sus brazos se desmaya.
Con él al cuello prendido,
sin soltar su dulce carga,
el aldabón de la puerta
cón mano febril agarra;
suenan tres rápidos golpes,
que el eco interior propaga,
y adentro una voz pregunta.
—¿Quién es, que tan resio llama?
—Que la paz de Dios, hermano,
sea en esta santa casa,
responde el padre afligido:
Soy un pobre, que viája
con un niño que se muere
si mucho en abrir se tarda.
No me negueis vuestro amparo:
¡un poco de pan y agua
por amor de Dios os pido

para el hijo de mi alma!

Abre el lego presuroso;
profundo dolor le causa
aquel cuadro de infortunio,
y entrar al punto les manda.

Cuando el niño del letargo
vuelve, y de sus negras ansias
el padre, que en sus temores
perdido ya lo juzgaba,
en un corredor sombrío
al instante les preparan
asiento cómodo y blando,
mesa limpia y ascada,
donde alimentos les sirven,
vino puro y agua clara,
para que presto recobren
sus fuerzas casi agotadas.

Mientras los dos caminantes
el hambre y la sed apagan,
el lego al padre Marchena
da cuenta de lo que pasa.

Sale el guardian presuroso,
y, al ver aquella desgracia,
con noble y sincero afecto
y con sentidas palabras,
toma parte en sus dolores
y de consolarios trata.

Con grande interés los mira;
y al par que el niño le encanta,
le inspira el hombre respeto,
en vez de inspirarle lástima;
y una impresión tan profunda

sus sentimientos embarga,
que, sin poder contenerse,
y sin tratar de ocultarla,
franco hospedaje les brinda,
por un día, una semana,
un mes, hasta que sus fuerzas
se encuentren ya restauradas,
y puedan, sin gran trabajo,
de nuevo emprender la marcha.

Con lágrimas en los ojos
da el caminante las gracias,
y el noble hospedaje acepta
que allí el cielo les depara.

En una celda apacible
el buen fraile los instala.
Ni una pregunta indiscreta
deja que á sus labios salga;
y aquella tarde y la noche
en el descanso empleadas,
á los cuitados viajeros
dan valor y confianza.

Aunque prudente reserva
el Padre con ellos guarda,
al cabo no les oculta
que mucho en saber se holgara
quiénes son, de dónde vienen
y de sus penas la causa,
por si estuviere en su mano
extinguirlas ó aliviarlas.

Conmovido el caminante
por pruebas tan reiteradas
de interés y simpatía,

que su cariño obligaban,
con él, una tarde, á sólas,
de esta manera le habla:

—«Señor: yo soy extranjero;
Cristóbal Colón me llaman;
nacé de familia noble,
tengo á Génova por patria,
y de profesión marino,
salí apenas de la infancia,
cuando á merced de las olas
bogué con fortuna varia,
y he recorrido los mares
sin temor á las borrascas.

Amante soy de las ciencias,
y empeñado en cultivarlas,
he preguntado á los libros
mucho de lo que ignoraba;
pero mi propia experiencia,
con vivo afán aplicada
al estudio de las obras
de la Omnipotencia sabia,
que una gran lección contienen
en cada una de sus páginas,
me ha abierto anchos horizontes
que en los libros no encontraba.

Portugal era el emporio
de la noble ciencia náutica,
y á Portugal llegué un día,
por mi suerte ó mi desgracia,
buscando para ilustrarme
los consejos de la práctica.
Allí, en santo matrimonio

ligueme á una hermosa dama,
á quien Dios llamó á su seno,
acaso para premiarla,
dejándome como grato
consuelo en mi suerte amarga,
ese ángel que en mis dolores
y en mi excursión me acompaña...»

Calló Colón, cual si un nudo
oprimiera su garganta;
y tras de un corto silencio,
febril, como si evocara
algo extraño y misterioso;
fija la ardiente mirada,
la noble cabeza erguida
y con voz segura y clara,
siguió diciendo al buen fraile
que asombrado le escuchaba:
—«Llevo en mi mente una idea,
quizás por Dios inspirada,
pero es tan grande y profunda,
que, por su inmensa importancia,
cual sueño de un pobre loco
es por los hombres juzgada.

Llevo en mis manos un mundo,
que el cielo para mí guarda
tras de esos mares bravíos
que sus dominios dilatan
hasta el remoto Occidente
donde el sol su disco baña.

La idea mi sér absorbe
y en mi cerebro batalla;
pero la luz que despiende,

cuando me atrevo á ostentarla,
con sus vivos resplandores
deslumbrá y ciega, ó espanta.

Las fuerzas de un hombre solo
son para mi empresa escasas,
y no encuentro en las naciones
el apoyo que me falta.

Génova no me comprende
y mis ofertas rechaza;
de mi fe no participan
en Inglaterra ni en Francia,
y Portugal me traiciona
cuando finge que me ampara.

Seguro de su existencia,
hoy vengo á ofrecer á España
ese mundo en que las gentes
ven solo un vago fantasma;
pero, pobre y desvalido,
fundado temor me asalta
de que también me rechacen
los que á comprender no alcanzan
que Dios para sus prodigios
no busca grandeza humana,
sino humildes corazones
que obedientes le complazcan.»

Dijo: y sacando unos pliegos
que con gran esmero guarda,
al padre guardián explica
con prolija y detallada
claridad, el pensamiento
que todo su sér embarga.

Escúchale el franciscano,

y con reflexiva calma
del genovés las razones
de la suya en la balanza
pesa; su saber profundo
el imposible no halla;
medita; y cual si un torrente
de luz la niebla rasgara,
con repentino entusiasmo
de su asiento se levanta,
y, abrazando al extranjero,
con voz profética exclama:

—«¡Sí, sois vos el elegido
para una empresa tan alta!
¡El grito de mi conciencia
me lo afirma, y no me engaña!
Si á ignorantes pescadores
dejó Cristo encomendada
la expansión de su doctrina,
salvadora de las almas,
¿por qué ha de extrañar el mundo
que de vos también se valga
para llevar á otras gentes
su religión sacrosanta?

Desde hoy ya no est. reis solo;
mi propio deber me manda
prestar apoyo á una empresa
noble, sublime y cristiana.

Amigos tengo en la corte,
y hasta la reina magnánima
haré llegar vuestro acento,
y que por Dios impulsada,
asocie su nombre ilustre

al eco de vuestra fama.

Voy á escribir ahora mismo,
y héis de partiros mañana.»

—»¿Y mi hijo, señor?...—El queda
bajo mi amparo y mi guarda.»

IV

Brilla la luz en Oriente
de fresca y plácida aurora;
entre cortinas de gualda
y ligeras nubes rojas,
el sol con rosadas tintas
las altas cumbres colora;
las golondrinas parleras
su alegre cántico entonan,
posadas sobre los brazos
de la santa cruz marmórea;
en la región de las nubes
se oye el trinar de la alondra,
y en la vecina erramada
el arrullo de las tórtolas.

Insólito movimiento
en la Rábida se nota.

Un labriego en la explanada
ensilla una mula torda,
que impaciente tasca el freno,
á emprender camino pronta,
cuando Colón y su hijo
por el ancha puerta asoman.
Fray Juan Pérez de Marchena
y todos los que allí moran

salen en su compañía
rezando oración devota.

El padre, al hijo abrazado,
su inmensa pena devora;
el niño con desconsuelo
tiembla, suspira y solloza.

Colón, triste y conmovido,
al fin separarse logra
del hijo de sus entrañas;
humilde á los pies se postra
del guardián, en cuyos ojos
una lágrima se asoma,
y exclama con voz solemne:
»—Es fuerza; llegó la hora...
¡La bendición. padre mio,
y que el cielo me socorra!

El anciano lo bendice,
y frases consoladoras
dirige al hijo y al padre,
sumidos en la congoja.

Pide el genovés á todos
que sus ruegos interpongan
para que Dios le conceda
favor, y sus votos oiga;
y, cabalgando en su mula,
la escarpada senda toma,
y emprende el largo camino
de la corte bulliciosa
con la esperanza en el alma
y la oración en la boca.

Lo que aconteció más tarde;
 su lucha tenaz y heroica;
 su inmenso y brillante triunfo;
 la ingratitude rencorosa
 con que pagó sus servicios
 quien recibió hacienda y honra;
 las espinas que incrustaron
 en su esplendente corona;
 el triste fin que tuvieron
 sus venturas y sus glorias,
 á un tiempo nos lo refieren
 la tradición y la historia.

El desagravio á su nombre;
 la apotëosis gloriosa
 de aquella víctima ilustre,
 y el culto de su memoria,
 vengadores de su agravio,
 hoy á nesotros nos toca.

Madrid, Mayo de 1886.



AJATAF

ÚLTIMO REY DE SEVILLA

(*Leyenda tradicional*)

A mis queridos paisanos y amigos.

I

A dos leguas de Sevilla,
 por donde el sol se levanta,
 entre arboledas frondosas
 y en la más fértil comarca,
 de un claro eielo cubierta,
 de un sol brillante alumbrada,
 un pueblo precioso oculta
 sus bellas casitas blancas,
 que Alcalá de Guadaira
 tiene por nombre en el mapa,
 y con orgullo lo nombro
 porque es mi querida patria.

Ciñe esta comarca un río,
 que en mansa corriente baña
 jardines, que envidia dieran
 á los jardines de Cápua.

Junto á la orilla hay un monte,

y sobre el monte se alza
una antigua fortaleza,
en su arquitectura varia,
que se precia de haber sido
morisca, goda y romana.

Entre los cegados fosos
y carcomidas murallas
elévanse algunas torres,
que ya están desmanteladas,
y que fueron algún día
regia y alegre morada.

Mirando hacia el Occidente,
que da vista á la Giralda,
se ve una plaza pequeña,
de cinco torres cercada,
cuyos nombres se refieren
á tradiciones lejanas.

La torre de los Jardines,
la menos desmoronada,
en el año mil doscientos
cuarenta y siete de gracia,
sus anchos muros cubría
de ricas telas bordadas
con arabescas labores
y recamos de oro y plata.

Era una noche tranquila,
noche en que apenas las auras
rizan con su aliento dulce
la superficie del agua.

Cuatro hermosos pebeteros
dan al aire la fragancia
del incienso y de la mirra

que se consume en sus brasas.

Del brillante artesonado
pende una preciosa lámpara,
que al través del vidrio esparce
una luz débil y grata.

Cubierto está el pavimento
de rica alfombra persiana,
y en medio un jarrón de flores
su grato perfume exhala.

Cogines de terciopelo
circundan la regia estancia,
y dorada celosía
cubre su única ventana.

En la ventana una mora
respira las dulces auras,
que en las noches del estío
el pecho oprimido ensanchan.

Quince abriles cuenta apenas,
y es de Sevilla la gala;
traje de color celeste
vela sus formas gallardas,
revelando en sus caídas
el contorno de sus gracias.

Rujo turbante, en que juegan
sus trenzas entrelazadas,
adorna su blanca frente
de ricas perlas ornada.

Desnudos están sus brazos,
que envidia al marfil causarán;
dos brazaletes los ciñen,
entrambos de filigrana.

Sus negros, rasgados ojos

quieren contener dos lágrimas,
y de su oprimido seno
tierno un suspiro se exhala.

—¿Quién eres? ¿qué es lo que esperas?
¿por qué ese llanto derramas?

—Soy la triste Alguadaira,
de regia sangre africana,
del rey *Ajataf* orgullo,
princesa de esta comarca.

Libre, entre cadenas lloro;
penas el placer me causa;
la luz del sol me entristece;
solo la noche me es grata,
porque entre su sombra oscura
oigo desde esta ventana
el cantar de un nazareno
que me ha cautivado el alma.

II

En el rincón más oscuro
de una lóbrega mazmorra,
el bravo *Garci-Meléndez*
su triste desgracia llora.

Veinte años cuenta el mancebo,
y veinte heridas lo abouan:
cada herida fué un combate,
cada lucha una victoria.

Seis moros lo cautivaron
en la vega de Carmona;
mas no por falta de aliento,
que esfuerzo y valor le sobran,

sino por haber caído
rendida su yegua torda.

Roto el casco y la armadura,
la lanza en pedazos rota,
cautivo no se entregara,
si menos fueran en contra;
pero el valor es inútil;
y, aunque la muerte ambiciona,
vivo á Alcalá lo conducen,
donde en oscura mazmorra
su negra estrella maldice,
su triste desgracia llora.

Al penetrar el recinto,
que el regio a'cázar corona,
la vista el cautivo tiende,
y ve en la torre más próxima
abrirse una celosía
que el oro y azul adornan,
y una mujer hechicera
á la ventana se asoma.

Contéplala el nazareno;
mira al cautivo la mora,
y con los ojos se hablan,
porque no puede la boca.

Y en esto á *Garci-Meléndez*
lo llevan á una mazmorra,
donde su estrella maldice,
su triste desgracia llora.

De duros hierros cargado,
noche eterna le acongoja;
y sin ver la luz del día,
cuenta un año en cada hora.

Mas, ya de sufrir cansado,
y cuando el dolor lo ahoga,
para divertir la pena,
con voz doliente y sonora
da al aire, entre mil suspiros,
esta enamorada trova:

Entre cadenas cautivo,
mi triste suerte no lloro,
porque aún alumbraba mi alma
la clara luz de tus ojos.
Desde las rejas
de mi prisión,
hacia tí vuelan los tiernos suspiros
de mi corazón.

No por ver la luz del día
mi libertad ambiciono,
sino por ver más de cerca
la clara luz de tus ojos.
Desde el oscuro fondo
de mi prisión,
hacia tí vuelan los tiernos suspiros
de mi corazón.

III

Tres noches há que el cautivo
su trova sentida canta;
tres noches há que á la mora
le amanece en la ventana,
del trovador cautivo enamorada.
Pálida está su mejilla;

y ya las tintas de grana
no revelan en su rostro
la tranquilidad del alma.
Sus ojos ayer tenían
una brillantez diáfana;
hoy el llanto los nubla,
y son de fuego sus lágrimas,
porque está del cautivo enamorada.

Ya no divierte su oído
el eco de alegre zambra;
ya á la apacible ribera,
como otros tiempos, no baja;
sus dulces auras la ahogan;
la entristecen sus cascadas;
y de la selva el murnullo
duplica sus tristes ansias,
porque está del cautivo enamorada.

Ya de sus ojos el sueño,
y de su pecho la calma,
de sus labios la sonrisa
huyeron cual sombra vana.

Ya la cítara sonora
de sus tímidas esclavas
perdió el apacible encanto
que otras veces la extasiaba.

Sólo resuena en su oído
la voz melodiosa y grata
del cautivo nazareno
que la tiene en su red aprisionada.

IV

Era la cuarta noche
que á la ventana ojiva
la enamorada mora
llena de afán salía.

La luna se ocultaba;
las sombras se extendían,
y el sepulcral silencio
tan solo interrumpía
el paso del soldado
que en la atalaya próxima vigila.

El abrasado aliento
suspende, y no respira;
de par en par abierta
está la celosía;
escucha y nada siente
la triste Alguadaira,
y en las confusas sombras
vaga errante su vista.
Espera, mas en vano,
que el aura fugitiva
hasta su oído traiga
la voz del nazareno tan querida.

Yá del reloj la arena
la media noche indica;
los astros en sus órbitas
al Occidente giran,
y el graznido del cárabo
los cabellos eriza.

Por los vapores húmedos

que exhala el Guadaíra,
el ambiente balsámico
tórñase en aura fría;
pero la mora intrépida,
aunque el temblor la agita,
espera oír la cántiga,
abierta la dorada celosía.

Mas su esperanza viendo
casi desvanecida,
el arpa de oro pide
á su esclava Zulima;
y, agitando las cuerdas
con mano convulsiva,
este cantar entona,
que á las piedras el llanto arrancaríá:

Adorado nazareno,
que mi seno
de amor supiste inflamar:
yo sabré, dulce tirano,
con mi mano
tus cadenas quebrantar.

Por escuchar tus querellas
las estrellas
miro nacer y morir;
y la aurora me sorprende
cuando tiende
su manto de oro y zafir.

Lanza tus quejas al viento;
que tu acento
penetre en mi corazón.

Lloraré, cuando tú llores;
tus dolores
también mis dolores son.

—
Si en la clara luz del cielo
un consuelo
puedes, cautivo, encontrar,
cese tu dolor tirano,
que mi mano
tu prisión vá á quebrantar.

V

Aún el último acento resonaba,
que al aire dió la voz de Alguadaira,
cuando con ademan firme y resuelto
el arpa entrega en manos de Zulima.
Sígueme, dice á la confusa esclava,
que con asombro y con dolor la mira;
y, ántes que replicar pueda á su orden,
entre la vaga oscuridad perdida,
por la escalera del jardín descendiende,
y en las confusas sombras se desliza.
Entra en la calle de apiñados olmos,
que el viento leve de la noche agita;
las ramas por el céfiro empujadas
con blando y suave movimiento oscilan,
y brazos de gigantes asemejan
y espectros y fantasmas fugitivas.

Ya el murciélago vil sus negras alas
bate, y en torno á la princesa gira,
y al perseguir al zumbador insecto

que busca entre el follaje su guarida;
de la mora detiene el firme paso,
su aliento embarga y su cabello eriza;
ya el siniestro graznar de la corneja
que en el antiguo muralión anida,
lanzado al aire con medroso espanto,
el pecho oprime, que el temblor agita.

Párase al fin la enamorada mora,
y espera la llegada de Zulima,
á quien la débil voz del susto embarga,
y apénas puede en su estupor seguirla.
— ¡Es un delirio, un crimen espantoso!
exclama en su dolor Alguadaira,
y estrechando á la esclava entre sus brazos,
deja correr el llanto en sus mejillas.

— Volvámonos, la dice: si es forzoso,
moriré de dolor en mi agonía;
soy débil... y las fuerzas me abandonan.
Muera mi triste amor, y mi honor viva.

Y hácia la torre, triste y vacilante,
de nuevo entre las sombras se encamina,
cuando escucha la voz del nazareno,
que á detenerse, á su pesar, la obliga.

Trémula de emoción, turbada y loca,
al escuchar la voz que la fascina,
los brazos rechazando de su esclava,
vuelve á emprender la marcha interrumpida.

Ya aquel vago temor no la detiene,
que su abrasado aliento comprimía;
su ilusión desvanece los peligros,
las sombras se esclarecen á su vista
y atraviesa el jardín con firme paso,

y á la opuesta muralla se aproxima;
que el corazón ardiente solo escucha
la voz del nazareno tan querida.

VI

Dilatados corredores,
envueltos en densas sombras,
conducen de aquel castillo
á las lóbregas mazmorras.

La noche á su fin avanza;
negras nubes encapotan
el cielo, que, en lo pesado,
parece que se desploma.

Ni una ráfaga de viento
se siente agitar la atmósfera.
El aire que se respira,
más que dilatar, sofoca
los pulmones, que lo absorben
con avidéz afanosa.

Los centinelas se ocultan
y las armas arrinconan,
y sentados junto á ellas
se rinden á la modorra.

Abul Seleimán tan sólo
vigila en aquellas horas,
al pie de una estrecha puerta
que un gran cerrojo abarrotó;
atiza de cuando en cuando
su enorme linterna sorda;
al cielo mira, bosteza,
en su almalafa se emboza,

y se duerme, el *santo* nombre
pronunciando de Mahoma.

Mientras que el alcaide moro
á ensueños mil se abanlona,
Alguadaira con su esclava,
temblando como las hojas
que de los árboles penden,
se adelanta con zozobra
hacia la prisión oscura
que guarda el bien que ella adora.

Asidas van de las manos,
que se estrechan temblorosas,
si un leve rumor escuchan,
al agitarse sus ropas.

Los ligeros borceguíes
con tanto cuidado posan
sobre el liso pavimento
que el azulejo decora,
que más bien que dos mujeres
se las creyera dos sombras.

Por fin llegan á la puerta,
donde la linterna arroja
los últimos resplandores
de una claridad dudosa.

Sentado en el duro suelo
el temible alcaide ronca,
el codo sobre una piedra
de figura cuadrilonga,
que junto á la puerta yace
y sobre el muro se apoya.

En la piedra se vislumbra
casi sin color ni forma

la linterna, que en su fondo
la luz moribunda ahoga;
y entre el codo y la linterna,
en la penumbra, se nota
un gran manojito de llaves
gruesas, pesadas y toscas.

Detiéndose la princesa,
y soltando presurosa
á su esclava, que temblando
hasta el aliento sofoca,
lleva la mano á la cinta;
sus dedos crispados tocan
el mango afiligranado
de una finísima hoja,
que de Damasco á su padre
trajeron cual rica joya,
y blandiéndola en su diestra
sobre la figura torva
de Abul Seleimán, se lanza
sobre él, cual fiera leona.

Hallábase aún en el aire
la mano exterminadora,
cuando luz brillante y súbita
rompe las oscuras sombras,
y un trueno horrible conmueve
de aquel recinto las bóvedas.

Un grito de horror exhalan
á un tiempo los tres que forman
aquel fantástico grupo,
que el miedo en estatuas torna.

Cae á los pies del alcaide
el arma ya á herirle pronta;

la luz, ántes de extinguirse,
nuevos resplandores brota;
y Abul, que al fin reconoce
á su princesa y señora,
dice, volviéndola el arma,
que ella rechaza y no toma.
— «Aláh consentir no quiso
que mancillaras tu honra,
dando muerte á quien la vida
diera por tí á todas horas.

De niña, velé tu sueño;
hoy guardo en esta mazmorra
al cautivo, que pretende
tu desdicha y tu deshonra.

¿Qué te ha dado el nazareno,
que así, desalada y loca,
hacia su prisión te arrastra
á todo delito pronta?

Yo á este mal pondré remedio;
mas si arrepentida lloras
por el honor de tu padre,
que tus locuras ignora,
haré que calle mi labio,
aunque el esrazon se rompa.»

En esto ya por Oriente
asomaban de la aurora
las leves, violadas tintas,
del arrebol precursoras.

Alguadaíra con su esclava
se retira silenciosa,
deverando entre suspiros
la pena que la acongoja,

y al penetrar en su estancia,
deja que su llanto corra.

Cuando la luz matutina
empezó á dorar las lomas,
que por el Oriente y Norte
se levantan pedregosas,
Abul-Seleimán, solfcoito,
á las almenas se asoma,
y ve fuerzas enemigas
que un alto cerro coronan.

¡*Malas mañanas* (1) tenemos!
exclama con gran zozobra;
y, dando la voz de alarma,
á su alrededor convoca
atabales y helíes
para que los aires rompan,
y al rey Ajataf adviertan
que la batalla disponga.

VII

Ya vaga confusa la hueste agarena,
las armas blandiendo con choque infernal,
con gritos feroces la alarma esparciendo,
y al ronco murmullo despierta Ajataf.

Su cota de malla se viste sañudo;
inquiere qué pasa con fiera altivez;
la causa del miedo ninguno barrunta;
agítanse todos, no saben por qué.

(1) Aún conserva este cerro que se halla al Norte del castillo, el nombre de *Malas Mañanas*.

Corona el soldado la tosca muralla,
la vista tendiendo con vaga inquietud,
y al fin á lo lejos se va descubriendo
el rojo estandarte que ostenta la cruz.

Delante de todos, la hueste guiando,
los lomos oprime de negro corcel,
y al aire el mandoble con bravura esgrime
Pelayo Correa, Maestre de Euclés.

Y Pedro Quintana con Nuño Mancilla,
y Guillén Piera siguiéndole van,
y Ruy de Medina, que monta ligera
la yegua africana del moro Alí-Athar.

Y Gonzalo Pérez, después don Benito
sigue, y Blas Gallego de heroico valor,
duro en el combate y en las luchas ciego,
gallardo ginete, rigiendo el bridón.

Y gira entre todos, la brida en los dientes,
rayo en la siniestra su espada sutil,
certero y temible, Gutiérrez el zurdo,
que el brazo derecho perdió en buena lid.

Y en pos van los tercios del rey granadino,
que marcha á su frente, Aben-Alhamar,
y ante el gran Fernando doblega la frente,
más bien que aliado, vasallo leal.

Y Ajataf escucha la voz del guerrero,
que en el atalaya tremola el pendón;
y al ver al cristiano, su aliento desmaya,
y anubla su frente sombrío dolor.

Y vuelve á la torre turbado y confuso,
cuando el viento hiere la voz del clarín.
Que audaces defiendan su castillo quiere;
pero él entre tanto preparábase á huir.

VIII

Suspirando está el rey moro,
 porque su castillo pierde.
 Abul-Seleiman le habla,
 pero Ajataf no le atiende.

—Despierta, señor, le dice;
 alza la abatida frente,
 que en medio de sus desgracias
 deben ser grandes los reyes.

Ajataf alza los ojos,
 y al fin pregunta:—¿Qué quieres?
 El alcaide del castillo
 responde con voz solemne:

—«El grande Aláh no permita
 que yo tu dolor aumente;
 pero es preciso que escuches
 lo que saber te conviene.

En la torre hay un cautivo,
 llamado Garci-Meléndez,
 que con infames conjuros
 y sortilegios alevos
 á la princesa Alguadaira
 de su amor prendada tiene.»

El rey levanta los ojos
 y dice al alcaide:—«¡Mientes!
 que en las venas de mi hija
 la sangre agarena hierve,
 y ella á los perros cristianos,
 tanto como yo, aborrece.»

Alguadaíra, que escuchaba,

su temor doblarse siente;
 pero el amor le da bríos,
 y, aunque poco esperar puede,
 ant eAjataf se presenta
 exclamando:—«Abul! no miente.»

Oye el moro estas palabras;
 darles crédito no puede;
 y las manos á los ojos
 se lleva, por ver si aún duerme.

—«¿Es posible, al fin le grita,
 que ante un padre te presentes,
 á quien con tu amor ultrajas,
 y con tu labio euvileces?»

Dí: ¿qué fatal bebedizo
 te dió ese cautivo alevé?
 ¿quieres mancillar mis canas?
 ¿quieres humillar mi frente?
 ¿quieres que Aláh nos maliga,
 hija miserable y débil?..

—Piedad, señor: así hablais,
 porque no le conocéis.

Esto dijo la princesa;
 sus ojos raudales vierten,
 que los pies del moro bañan,
 y el corazón le enternecen.

Ama Ajataf á su hija
 más que á su vida mil veces,
 y el peligro de perderla
 le obliga á ser más clemente.

El nombre la fama encumbra
 del bravo Garci-Meléndez;
 y aunque el rey no lo conoce,

de él hartas noticias tiene.

Quizá el amor de Alguadaira
á su ley podrá atraerle...
E-*t*o pensaba el rey moro;
y á Abul, que estaba presente,
manda que al cautivo traigan,
que el rey conocerlo quiere.

IX

Ya en la presencia de Ajataf se mira
el bravo nazareno,
contemplando a la hermosa Alguadaira
con semblante sereno.

El africano rey no lo acobarda
con su ademán esquivo,
los brazos cruza y en silencio aguarda
su sentencia el cautivo.

Pálida la princesa, inmóvil, muda,
baja los tristes ojos.
La mirada de Abul, fiero y sañuda,
anuncia sus enojos.

Hasta que al fin el rey con grave acento,
con voz firme y severa,
esforzando el aliento,
diz que al cautivo habló de esta manera.

X

—Hánme dicho, nazareno,
que es tan grande tu osadía,
que has levantado los ojos

hasta mirar á mi hija;
que con infames conjuros
tiénesla á tu amor rendida,
sin ver que con tu cabeza
pagarás tu alevosía.

Garci-Meléndez responde:
—En poco aprecio la vida;
y por el Dios, en quien creo,
jamás diré una mentira.
Si no bastan mis palabras,
que respondan mis heridas.

Si he levantado los ojos
hasta mirar á tu hija,
es porque nunca mi sangre
envilecería podría.

No amo en ella á la princesa
de regia estirpe nacida;
amo á la mujer, que supo
cautivar el alma mía.

No ambiciono tus riquezas,
ni tu blasón me da envidia;
que en los campos de batalla
los blasones se conquistan.

No hay encantos ni conjuros;
sólo el corazón nos guía;
y, si dárme la no quieres,
has de quitarme la vida,
ó de entre tus lanzas moras
sabré arrancártela un día.

Miró Ajataf al cristiano,
que con arrogancia altiva
entre cadenas hablaba,

y á amenazar se atrevía.

—Gallardo eres, nazareno,
le dice: lo que publica
de tus acciones la fama
demuestra bien tu osadía.

Ese valor extremado
te hace digno de mi hija.
Tuya será: Aláh lo quiere;
su voluntad patentiza
por medio de tus palabras.
no quiero más resistirla.

Capitán de mis legiones,
la ley que seguiste olvida,
y abraza la del Profeta,
que te recibe este día
entre los fieles que ama
y el grande Aláh patrocina.»

Así le hablaba el rey moro,
y ya Abul se prevenía
á arrancarle las cadenas
que sus miembros oprimían,
mientras de gozo lloraba
la princesa Alguadaira,
besando del rey su padre
la mano, que él le tendía;
cuando el cautivo cristiano,
alzando la frente altiva,
dijo al alcaide:—Detente:
no en desatarme prosigas;
que tal condición no acepta
quien buen cristiano se estima.
La ley del Crucificado,

única santa y divina,
que siguieron mis mayores,
será la ley que yo siga.

Creo en Jesús y en su Madre
la Virgen Santa María;
y, si es amor verdadero
el amor de Alguadaira,
abjurando los errores
que de Dios la hacen indigna,
ante el ara sacrosanta
será mi esposa algún día.

Así habló Garci-Meléndez
La rabia mai comprimida
del rey dilata los ojos;
fuego lanzan sus pupilas;
trémulo y convulso el labio,
con las manos contraídas,
dijo al alcaide:—¡Qué mueral
Desmáyase Alguadaira;
el rey sale presuroso,
para no verla, ni oírla,
y el cautivo nazareno
con lento paso camina
para entregar su garganta
á la agarena cuchilla.

XI

Cartas llegan al rey moro
de Alhamar el granadino,
que en nombre del rey Fernando
cercado tiene el castiilo.

Pídese en ellas la entrega
con término breve y fijo,
y demanda que se guarde
la vida de los cautivos,
so pena de entrar á saco,
y de pasar á cuchillo
cuantas personas se encuentren
en el murado recinto.

Consulta Ajataf el caso
con sus mejores caudillos;
y á entregar la fortaleza
todos se muestran propicios.

Entre el parecer unánime
sólo un voto hay negativo:
Abul-Seleimán propone
que se tenga por indigno
de ser hijo del Profeta
al que, cobarde y mezquino,
vaya á entregarse indefenso
á merced del enemigo.

—Si como hombres valerosos
luchamos y resistimos,
dice, el triunfo lograremos;
ó, al no poder conseguirlo,
daremos al mundo pruebas
de ser osados y altivos,
y no mujeres cobardes
ó seres envilecidos.

La voz del moro soberbio
infunde en los otros brío,
y el mismo Ajataf se muestra
inclinado al sacrificio.

De Alhamar los mensajeros
al punto son despedidos.
Sobre sus pesados goznes
se alza el puente levadizo,
y los sitiados se aprestan
á defender el castillo.

Corónanse las murallas
de ballesteros activos;
previéndose los honderos
de proyectiles mortíferos;
las picas y los alfanjes
muestran su acerado filo;
de los corceles fogosos
se oye en la plaza el relincho;
el regatón de las lanzas
suena, al tocar los estribos;
los tambores y atabales
lanzan bélicos sonidos,
y la ensoña del Profeta
recorre todo el recinto.

XII

En hombros de cuatro moros,
que de su esfuerzo hacen gala,
un grueso y tosco madero
camino va de la plaza.

De oscura sangre, aún no seca,
se ven en él grandes manchas.
Sobre aquel leño han caído
cien víctimas inmoladas.

Apénas llegan al centro,

donde el piso se levanta
 en estrecha plataforma
 de grandes piedras cercada,
 el leño arrojan al suelo
 por una acción simultánea,
 y de sus pechos robustos
 al mismo tiempo se exhala
 el aliento comprimido
 por el peso de la carga.

No bien estiran los brazos
 y se sacuden la espalda,
 hace el Alcaide una seña,
 y los cuatro se adelantan
 hacia un lugar, en que un hombre
 de la etiópica raza,
 de musculatura atlética
 y de gigantesca talla,
 entre sus nervudas manos
 sostiene una cimitarra.

Al llegar los cuatro moros
 vuelven á empuñar sus lanzas,
 y tras del negro gigante
 y Abul, que con faz airada
 delante de todos sigue,
 echada atrás su almajafa,
 llegan hasta la mazmorra
 donde el nazareno aguarda.

La llave en la cerradura
 sonido estridente arranca;
 rechina sobre sus goznes
 la puerta tosca y herrada;
 húmedo, fétido y frío

sale el aire en bocanadas,
 cuando penetran los moros
 en aquella horrible estancia,
 donde eterna noche reina.

Nada á vislumbrar alcanzan,
 hasta que ya sus pupilas,
 por las sombras dilatadas,
 en un ángulo descubren
 como una figura vaga,
 que en la oscuridad se yergue
 y con paso lento avanza.

Es el cristiano cautivo
 que presto á morir se halla.
 No bien llegan sus verdugos,
 á encontrarlos se adelanta;
 y, elevado el pensamiento
 á la celeste morada,
 con el corazón tranquilo
 y en el pecho la esperanza,
 resignado y valeroso
 mártir de la fe cristiana,
 —« ¡llevadme á morir, les dice,
 que la muerte no me espanta! »

Pesada y gruesa cadena
 sus movimientos embarga;
 esposas lleva en las manos
 y á ellas la sangre agolpada;
 fugitivo un pensamiento
 á la princesa consagra,
 y de sus serenos ojos
 brota una furtiva lágrima.

El negro se le aproxima,

y lo empuja hácia la plaza,
la cadena en una mano
y en la otra la cimitarra.

XIII

Al dejar los sombríos corredores
aquel triste cortejo de la muerte,
la Princesa abismada en sus dolores
llora su triste suerte.

Su fiel esclava, la gentil Zulima,
el rumor escuchando,
que fuera crece, cuanto más se acerca,
á la abierta ventana se aproxima;
y al ver al nazareno,
exhala un grito, y, de pavor temblando,
vuélvese horrorizada á su señora,
que, ahogada en su dolor, suspira y llora.

—¡Alzal le dice: ¡hácia el fatal madero
conducen al cristiano;

Abul le sigue con semblante fiero,
y el negro Alí con cimitarra en mano!

No bien estas palabras
escucha la princesa conmovida,
cuando de un sólo salto se levanta
como leona herida:

se asoma á la ventana; ve el cortejo;
exhala un grito ahogado;

y, sin otro consejo
que el de su corazón despedazado,
la escalera torcida
baja, de dos en dos los escalones;

dirígese á la puerta,
do el levadizo puente encuentra alzado,
y por dobladas fuerzas custodiado.
—¡Abrid! les grita: que Ajataflo manda!
—Señora... dice el jefe.—¡Abrid, os digo!
—Ved que está el enemigo en la muralla.
—¡Abrid! repito ¡En nombre de mi padre
he de hablar al ejército cristiano!
¿Aguardáis que abra con mi propia mano?

Las palabras, la acción, el duro acento
de la princesa mora
ejercen sobre el bárbaro soldado,
para todos violento,
una especie de hechizo;
oponer resistencia no lo es dado,
y al fin se baja el puente levadizo.

Al salir la princesa,
un grupo de ginetes castellanos
se acerca presuroso.

—¡Corred! ¡corred! les grita:
en la plaza!.. la muerte!..

¡Ya aprestan la cuchilla!..
¡Mis lágrimas os muevan!..
Corred ¡que á morir llevan
al mejor caballero de Castilla!

Sin pararse á eseuchar otras razones,
sueltan los castellanos sus bridones;
con lanza en ristre por el puente cruzan,
penetran en la plaza
rápidos como el viento..
sobre la plataforma ya amenaza
el cuello del cristiano

del esforzado Alí golpe violento;
 ya la cabeza el noble castellano
 hácia el madero inclina...
 alza el negro feroz la airada mano...
 se oye un grito de horror, un grito horrible...
 Abul la noble sangre ya olfatea...
 pero... se abre la gente en oleada;
 de la mano de Alí fiera y terrible
 cae la cimitarra: él bambolea...
 y es... que de una lanzada
 le partió el corazón Pelay Correa.

XIV

Atónitos y espantados
 ante aquella heroica escena,
 los soldados del rey moro
 mudos é inmóviles quedan.

Los caballeros cristianos
 aquel acombro aprovechan
 para romper del cautivo
 la abrumadora cadena.

Abul Seleimán en tanto,
 repuesto de la sorpresa
 grita á sus huestes: «¡Cobardes!
 ¡cómo sufrir tal afrenta!»

Al decir estas palabras,
 brilla el alfanje en su diestra;
 y arrebatando en su empuje
 á los que estaban más cerca,
 á los cristianos embisten
 como embravecidas fieras.

De un salto Garcí-Meléndez,
 que desarmado se eucuentra,
 salvando el lago de sangre
 en que el negro aun se revuelca,
 de la cimitarra mora
 prontamente se apodera,
 y entre el grupo de cristianos
 el choque á afrontar se apresta
 Pocos son los caballeros
 para tan ruda pelea,
 y los hijos de Mahoma
 por centenares se cuentan.

—«¡Santiago y cierra España!»
 exclama Pelay Correa;
 y á los moros acometen
 con tal bravura y presteza,
 que, ántes de empuñar las armas,
 no pocos muerden la tierra.

Como el mar embravecido
 en la más ruda tormenta
 contra el peñón formidable
 sus olas furioso estrella,
 sin que al titánico empuje
 tiemble en su asiento la peña,
 en tanto que el oleaje
 brama y al aire se eleva
 para convertir en llanto
 el dolor de su impotencia,
 así las huestes moriscas
 son en el choque deshechas
 por el grupo valeroso
 que doquier la muerte siembra.

Mucho dura la batalla;
el moro tenaz no cesa,
porque á cada paso acude
nueva gente á la pelea.

Los cristianos adalides
ni desmayan ni flaquean;
mas sus fogosos bridones
van ya perdiendo las fuerzas,
y en sangre y sudor bañados
poco obedecen la rienda.

Inminente es el peligro,
y á cada paso se aumenta.
Pelayo grita á los suyos:
—«¡Tengámonos..... y á la puerta;
que nuestros bravos ginetes
deben hallarse muy cerca!»

Y esto diciendo, se agrupan
para aumentar la defensa;
y hasta el puente levadizo
con Garcí-Meléndez llegan,
cuando las huestes cristianas
á la muralla se acercan.

Abul Seleimán furioso
cerrarles el paso intenta,
con la pérdida esperanza
de que en el recinto mueran;
pero el puente aun les da paso,
y ya los cristianos llegan,
y las víctimas se escapan,
y el muro indefenso queda.

—¡Ah del puentel ¡arriba el puentel
el fiero Alcaide vocea;

pero ni el torno rechina
ni se mueven las cadenas.
—¡Arriba el puentel repite
con imprecación horrenda,
y arrojando por la boca
espuma sanguinolenta.

Sobre la muralla entónces
una figura se muestra,
que, en su gallarda apostura
y actitud firme y resuelta,
une á la gracia del ángel
del titán la fortaleza.

En su delicada mano
damasquino alfanje ostenta;
de sus ardientes pupilas
se ven brotar dos centellas;
los músculos de su rostro
y el ángulo de sus cejas,
la rigidez de su cuerpo,
su linda boca entreabierta,
y su pecho jadeante,
y su abundosa melena
flotando sobre la espalda
en desordenadas trenzas,
hacen de aquella figura
gallarda, altiva y soberbia,
la encarnación más sublime
del valor y de la fuerza.

Es la princesa Alguadaira,
que impone con su presencia,
con su palabra intimida
y con su actitud aterra.

Al verla, el altivo moro
 baja humilde la cabeza,
 y un ¡ay! comprimido exhala
 que ardiente sus labios quema.
 —¡Basta! grita á sus soldados.

¡Aláh sus vidas preservad
 Los soldados obedecen
 y á la batalla dan tregua.
 Los caballeros cristianos
 cruzan el puente y se alejan,
 delante Garci-Melendéz
 y detrás Pelay Correa.

Al ver ya libre á su amante,
 la conmovida Princesa,
 perdido el nervioso influjo
 de su excitación violenta,
 deja que el alfanje caiga
 desprendido de su diestra;
 pierde su apacible rostro
 aquellas líneas severas
 que el amor pidió prestadas
 á la varonil rudeza;
 de sus apagados ojos
 brotan des líquidas perlas,
 y en los brazos se desploma
 de sus esclavas que llegan.

XV

El cerco del castillo cada día
 se estrecha y aproxima á la muralla.
 De las tropas cristianas el asalto

temen las de Ajataf desconcertadas.
 Retirada Alguadaira en su aposento
 acerbo llanto sin cesar derrama,
 y de su amante padre á las caricias
 con suspiros responde, pero calla.
 —Hija, dice Ajataf con triste acento,
 el Profeta á su siervo desampara;
 ya muy de cerca la muralla ciñen
 las soberbias falanjes castellanas;
 y si más á la entrega me resisto,
 irá hasta el exterminio su venganza.
 Hija del corazón: Aláh lo quiere;
 la luz de mi grandeza ya eclipsada,
 no volverá á alumbrar. Pero, ¡qué importa,
 si me queda tu amor, hija del almal
 Oro me sobra: libertad nos brindan
 las ardientes arenas africanas.
 Para acabar mi vida miserable,
 con tu amor solo, con tu amor me basta.
 Aquí llanto y dolor son nuestra herencia;
 allá, paz y ventura nos aguardan.
 Aquella tierra por Aláh bendita
 la cuna fué de nuestra noble raza;
 pidámosle una tumba, por la sombra
 de la altiva palmera cobijada,
 y durmamos el sueño de la muerte
 en perdurable paz y eterna calma.

Inclinados los ojos hacia el suelo,
 del rey su padre escucha las palabras
 la abatida princesa, y no responde,
 porque el fiero dolor su voz embarga.
 Ajataf la contempla pesaroso;

desea y teme que sus labios se abran,
y á su afligido corazón la estrecha,
y juntas corren sus dolientes lágrimas.

—Hija, huyamos de aquí, repite el padre,
estrechando en sus manos descarnadas
la débil mano de la tierna niña,
que, temblando, pretende retirarla.

Huyamos, pues la suerte lo dispone. [¡calla!
—Padre, no puedo huir.—¡Qué oigo!.. ¡no!
no salga de tus labios la blasfemia...

—Perdóname, señor: tu hija es cristiana.
—¡Ah! que Aláh te...— ¡No, padre! Y la prin-
al cuello del anciano se abalanza, [cesa
y con su labio virginal le impide
pronunciar la fatídica palabra.

XVI

Después de tres asaltos
con gloria resistidos,
Ajataf se resuelve
á entregar el castillo.

El ejército moro
con sus tristes caudillos
salen con lento paso
del murado recinto.

Las huestes castellanas,
por honor al vencido,
formadas junto al arco
del puente levadizo,
ven pasar en silencio
aquellos rostros lívidos,

que con dolor se alejan
de tan amado sitio.

De las tristes mazmorras
sacan á los cautivos,
que, al ver la luz del cielo,
lloran de regocijo;
y postrados de hinojos,
al Señor uno y trino
el corazón elevan
tiernos y agradecidos.

Sobre dos hacaneas
de brillante atavío,
dos damas castellanas
con séquito lucido
de pajes y donceles,
llegan con el designio
de asestar al rey moro,
como padre, abatido,
como rey, humillado,
del alma en lo más íntimo,
el golpe más tremendo
que cual padre y cual rey pudiera herirlo.

Entre las condiciones
de entrega del castillo,
hay la tremenda cláusula
de dejar al arbitrio
de la noble princesa
seguir la fe de Cristo
y dar mano de esposa
al cristiano cautivo,
ó aceptar de su padre
y de su raza el mísero destino.

Alguadaira llorosa,
 ante Ajataf esquivo,
 postrada está de hinojos,
 el corazón transido;
 y con tiernas palabras
 y acento persuasivo
 la paternal clemencia
 en vano implora del anciano altivo.

Al fin el llanto acerbo,
 el sollozar continuo
 de la hija desolada,
 hieren en lo más vivo
 el corazón del padre,
 sin tregua combatido.

— ¡Levanta, hija del alma!
 dice en ahogado grito.
 Y alzándola en sus brazos
 con temblor convulsivo,
 de besos y de lágrimas
 la cubre en su delirio.

— ¡Hija, Aláh lo dispone!
 — ¡Ah! ¡Perdón, padre mío!

— ¡Hija, y o te perdono.
 ¡Para qué resistir, si estaba escrito!

XVII

Media legua no más al Occidente,
 y sobre unas colinas poco extensas,
 que vienen á morir al manso río
 de apacibles y plácidas riberas,

dando vista á Sevilla la famosa,
 al par que á la morisca fortaleza,
 entre grupos de higueras y de olivos
 del rey Fernando alzábanse las tiendas.

La madre del gran Rey lo acompañaba
 con su corte de damas y doncellas,
 de belleza y lealtad nobles dechados,
 de aquel sol de virtud dignos planetas.

Al rey cristiano, en sus piadosos sueños,
 se había aparecido en forma espléndida
 la bellísima imagen de María
 bajando de los cielos á la tierra.

Cuenta la tradición que aquel monarca,
 ansioso de obtener la imágen bella
 de la Madre de Dios, como los ojos
 de su piadoso espíritu la vieran,
 convocó los más hábiles artistas;
 de su santa visión dióles la idea;
 pero ninguno realizarla pudo,
 y los más ni aun supieron comprenderla.

Estando ya en el cerco del castillo,
 dos mancebos llegaron á las puertas
 de la tienda del rey, solicitando
 obtener como artistas una audiencia.

Recibiólos Fernando con cariño;
 y todos admiraron la belleza,
 donaire, juventud y gallardía
 y la clara y precoz inteligencia
 de aquellos dos, al parecer hermanos,
 que de la pubertad saliendo apenas,
 del éxito seguros, prometían
 dar forma del monarca á las ideas.

Contraído el empeño, se encerraron
 en una estancia retirada, estrecha,
 y ofrecieron salir á los tres días
 con la devota imagen ya perfecta.

Muy grande de la corte fué el asombro,
 al ver que los artistas no exigieran
 para la ejecución de su escultura
 ni material alguno ni herramientas.

Los nobles caballeros, el rey mismo,
 acercábanse á veces con cautela,
 por ver si algún ruido denunciaba
 de los dos escultores la tarea;
 pero nada escuchaban, y el silencio
 más absoluto hallaban por respuesta.

Al fin los tres interminables días
 pasaron; de la corte la impaciencia
 excita más y más la del monarca...
 de su obra los mancebos no dan cuenta...

Fernando al fin decide que la estancia
 se abra, forzando la cerrada puerta,
 donde una y otra vez tocan en vano,
 y al rudo golpear nadie contesta.

El rey ya, de un engaño temeroso,
 con paso firme en el local penetra;
 los mancebos no están; pero ¡oh, prodigio!
 en lugar de los jóvenes, encuentran
 la santa imagen por el rey soñada,
 que en él gótico templo se venera.

De rodillas la corte el gran milagro
 adora con profunda reverencia:
 el hecho por Castilla se difunde;
 ángeles puros los mancebos eran;

y la *Virgen* llamose de *los Angeles*,
 y advocación tan grata áun hoy conserva (1).

XVIII

En poco más de ocho días
 y con justa admiración,
 en el lugar do la imagen
 al santo rey se mostró,
 un humilde santuario
 alzó á la Madre de Dios
 la piedad siempre alentada
 por el cristiano fervor.

Rendida la fortaleza,
 Ajataf de ella salió,
 huyendo á suelo africano
 para ocultar su dolor.

Antes de partirse, él mismo,
 partido su corazón,
 á las damas de la reina
 hace entrega en su aflicción
 de la joya más preciada
 de su paternal amor,
 joya que abraza y bendice
 con noble resignación.

La princesa ahogada en llanto

(1) Nuestra Señora de los Reyes, que primero se llamó de los Angeles, patrona de Sevilla, es venerada en la Catedral, en la misma capilla donde se conservan los restos del santo Rey Fernando III. Nadie ha descubierto hasta ahora la materia de que está formada la imagen, y la tradición le da el origen que consignamos en esta Leyenda.

da á su padre un tierno adiós;
mas ya no le pertenecen
su conciencia ni su amor.

Garci-Meléndez, su esposo,
gloria del nombre español,
con otros diez caballeros
de nobleza y distinción,
á las damas de la corte
sirven de guardia de honor.

De Fernando al campo llegan
en la solemne ocasión
de ver terminado el templo
que la piedad levantó.

La reina; abiertos los brazos,
recibe con efusión
á la princesa Alguadaira,
que con sencillo candor
su breve historia le cuenta
y su santa aspiración
de abrazar la fe cristiana
abjurando de su error.

XIX

Apenas el alba alumbra
aquel bullicioso campo,
cuando músicas guerreras
turban los ecos lejanos.

Las armaduras lucientes
brillan del sol á los rayos;
las damas visten de corte;
de gala están los soldados;

llevan los palafreneros
de la brida los caballos,
que inquietos muestran su orgullo
al mirarse enjaezados.

Todo es placer y alegría.

Oyense los martillazos
de los que en una explanada
junto al pueblo improvisado,
para la lidia de toros
un coso están levantando.

De yerbabuena y de juncia
está el suelo tapizado.
Cien banderolas ondean
del templo humilde en el atrio,
y seis pequeñas esquilas
sobre un tosco campanario
con voz argentina llaman
á los alegres cristianos.

¿Por qué son tan grandes fiestas?
¿Por qué regocijo tanto?
Porque una princesa mora
va á recibir en un acto
el bautismo, que las puertas
abre del cielo á su paso,
y el matrimonio, que dichas
en su hogar le está brindando.

Los reyes son los padrinos;
los caudillos más bizarros
van á lucir en el coso
su gran destreza y su garbo.
Y habrá toros y sortijas,
y luego un convite magno,

que el mismo rey ha dispuesto
para honrar los desposados.

XX

El sol lleva recorrido
un tercio de su carrera.
Hacia las puertas del templo
gentío inmenso se acerca.
La corte brillante sale
en dirección á la iglesia,
do la imagen milagrosa
ya en el altar se venera.

La princesa Alguadaira
al lado va de la reina,
vestida de blanco lino
y adornada la cabeza
de jazmines y azahares,
que en su perfumada esencia
y en su color simbolizan
la virtud y la pureza.

Las miradas del concurso
fijanse todas en ella,
porque allí rival no tienen
su apostura y su belleza.

Garci-Meléndez, gallardo,
va del rey á la derecha,
puesto de honor que aquel día
Fernando le concediera.

El santo obispo de Burgos
con sus insignias espera
en el templo la llegada

de la comitiva regia,
y en procesión se dirigen
al pie de la imagen bella.
Administrado el bautismo
á la donosa princesa,
y el sacrificio inerte
ya terminado, se acercan
al altar do el sacerdote
va á recibir su promesa.

La mano de Alguadaira
Garci-Meléndez ya estrecha;
la unión santa, indisoluble,
con su fórmula severa
van á pronunciar los labios
de aquel que á Dios representa...

Se oye un ligero tumulto;
se agita la concurrencia;
y un hombre, abriéndose paso,
á los esposos se acerca,
y rápido como el viento,
alza un puñal en su diestra,
y en el corazón lo clava
de la inocente doncella.

Al grito de horror que exhalan
cuantos el acto presencian,
una carcajada horrible
del asesino contesta.

— ¡Abul Seleimán la amaba!
el moro con voz tremenda
grita; y antes que se acerquen
ni que aprisionarlo puedan,
con el puñal homicida

en que caliente aún humea
la inocente y pura sangre
de la infelice princesa,
su propio pecho traspasa,
y espira allí... junto á ella.

EPÍLOGO

El *Cerro de los Angel's* se llama
aquel lugar, hoy triste y solitario,
de un extenso olivar todo cubierto,
y de elevadas cercas rodeado.

Las ruinas del templo aún se descubren
entre grupos de escombros hacinados,
cubiertos hoy por la silvestre higuera
y por la zarza de espinoso tallo.

La tradición refiere que algún día
de aquél templo guardábase en los ámbitos
un modesto sepulcro por las flores
del tomillo y romero perfumado;
que un sacerdote oraba de continuo
y renovaba con piadosa mano
las flores por el tiempo marchitadas,
tributo de un amor sublime y santo;
que, después de su muerte, en aquel sitio
fueron también sus restos sepultados;
y que aún resuena su planir doliente,
que el campesino escucha con espanto.

La sombra ven de la princesa mora,
con su blanco cendal; sienten los pasos

de su esposo infeliz, que anda en su busca,
cubierto el cuerpo con el tosco sayo;
y del moro la horrible carcajada
con el graznido del siniestro cárabo,
retumban al compás de la tormenta
que lanza el trueno y que despide el rayo.

FIN DE LA LEYENDA

